

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector: Dr. Octavio Rivero Serrano.

Secretario General Académico: Dr. Raúl Béjar Navarro.

Coordinador de Extensión Universitaria: Lic. Alfonso de María y Campos.

Director General de Difusión Cultural: Lic. Fernando Curiel Defossé.

Jefe del Departamento de Talleres, Conferencias y Publicaciones

Estudiantiles—Revista Punto de Partida: Lic. Marco Antonio Campos.

Responsables de la colección: Marco Antonio Campos, Fernando Curiel,
Margarita García Flores.



PUNTO DE PARTIDA

Número 70

Dirección: Marco Antonio Campos

Secretarías de redacción: Cecilia Martínez y Mariela Cuervo

Dirección General de Difusión Cultural

Correspondencia, colaboraciones, suscripciones y canje: Departamento de Publicaciones, Radio UNAM, Adolfo Prieto Núm. 133, México 12, D.F. Precio del ejemplar en la República Mexicana \$ 5.00 M.N. Número doble \$ 10.00 M.N. Suscripciones por seis números \$ 25.00 M.N. Números atrasados \$ 10.00 M.N. Números dobles atrasados \$ 20.00 M.N. Las colaboraciones deben entregarse escritas a máquina a doble espacio con una copia en las Oficinas de la Revista Punto de Partida, Ala Norte Auditorio Justo Sierra Humanidades, C.U., de lunes a viernes de 10.00 a 12.00 horas.

Sumario

POESIA

Raúl Iván	5	Poemas
Martha Donís	12	A ELLA GALINDO
Agustín del Moral	14	Poemas
Perla Schwartz	18	Poemas
Felipe Mejía	20	ME HE SENTIDO DEVUELTO A LA INOCENCIA
Dinorah Navarro	22	DIECISIETE
Porfirio García Trejo	23	OPROBIO
Ignacio Javier Orozpe	24	LA VIDA DEBE SER UN SUEÑO

CUENTO

Magaly Martínez Gamba	26	CIRCE
Juan Alberto Sanén	32	Cuentos cortos
Mario Mayen	33	Cuentos cortos
Silvia Elena Caso	35	ENCUENTRO
Lucio Rivera	38	UN GOLPE DE MARRO

TESTIMONIO

Noika Moncada Ivar	41	TLATELOLCO
--------------------	----	------------

TEATRO

Alejandro Ortiz	46	DE COMO A LOS UNOS LUCHADORES SE LES APARECIO LA VIRGEN DE GUADALUPE Y TERMINARON EN LA CARCEL.
Enrique Sandoval	75	LO QUE CADA UNO TRAE



POESIA



POEMAS

por Raúl Iván

RUTINA

Hoy lunes diez y nueve de febrero,
me levanto con el pie derecho, y abro
Las cortinas de mi cuarto y de la vida;
el sol tira sus redes en los parques
y el viento despliega sus banderas.
Bostezo, me lavo, me peino, me rasuro
escojo mi mejor camisa, y desayuno
me reviso el buen humor y los zapatos
aclaro mi voz, ordeno mis pasiones,
y me dispongo a salir. Debo estar
en el trabajo, en la escuela y en los ojos
de todos los que este día quieran mirarme.

En la calle, me pongo la sonrisa y la esperanza
para poder soportar sin angustiarme,
el odio, la injusticia, el ruido y la miseria.

Febrero de 1979.

A UNA FOTOGRAFIA

“desde donde no estás,
ni me comprendes. . .”

Desde un tiempo feliz, hasta mi mesa
iluminas en silencio mis papeles. . .
con tu piel de cartón y tus ojos de sueño
de la mano me llevas bajo aquellos días
abiertos junto al mar. Horas felices
caídas para siempre hacia otro reino,
y mientras pienso en tus ojos, escribo:

“todo lo que nos unía, se hizo distancia. . .”
hoy que desfallece el amor y la esperanza
—bajo la antigua sombra del recuerdo—
deja que certifique en estos versos,
lo que de ti conoce el pensamiento,
mientras callas mirándome desde la mesa
con esa luz tan tuya, y tan humana. . .

Mayo 19 de 1979



CARTA

En esta hora vertical, en que la ausencia
muere mi soledad, y nos separa
surge tu voz y tu palabra amiga
llega hasta mi puerta y toca. . .
mi corazón herido por la ausencia
la noche toma la forma de tus ojos
y un vasto mar humedece tu mirada
te escribo desde mi corazón, desde mi sangre
pero es tu mano prolongación de tu vida hasta la mía
la que traduce mi voz, la que te escribe.

Madre; el hueco de tu paso por mi vida
llenó mi sangre de náufragos destellos
detras de ti quedan las cosas, simples
un olor de recuerdos o de pájaros. . . .
hace volver los pasos de la infancia
yo sé que duermes del lado de la noche
una flor en el pecho como hiedra marina
se levanta y nos une sin edad ni distancia
el hueco de la noche y tus ojos ausentes
tienen el mismo sitio en mis poemas

Madre; hay una sombra tuya mirándome desde la mesa
—desde donde no estás, vigilas mi silencio—
un poema, un reloj, una guitarra y una rosa
afuera, temblando de frío y de tristeza
la noche junta sus alas para acomodarse
y el viento se destroza en las esquinas
como un perro ciego que ahuyentaran
adentro de mi corazón tiembla tu sangre
y crecen tu voz y tus palabras. . .
en el piso mal barrido de mi cuarto.



¿.....?

I

Dónde estarás ahora
con tu risa de agua
con tu vestido de sol
y mis palabras
con esa timidez de tus caricias
que el viento
apresó
en tus ademanes.
Hacia que corazón
habrás partido
desenredando recuerdos
alimentando miradas
mientras yo nombro caminos
los instantes apagados
perseguido por los sueños
y apedreado por la vida
voy buscando en otros pasos
el exilio de tu cuerpo
tratando de encontrarte
en el fondo de otros ojos.



II

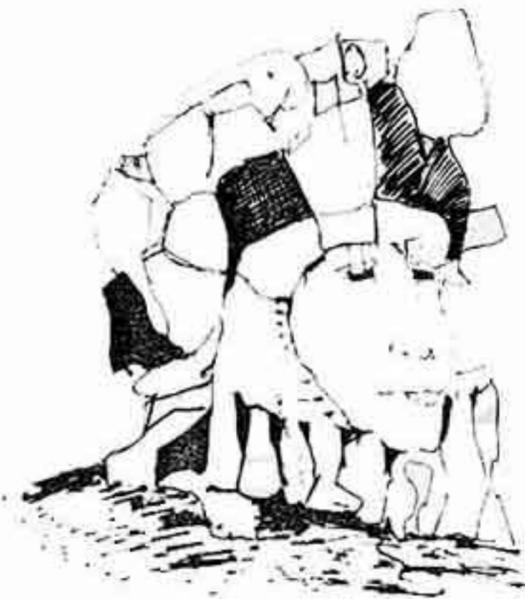
Dónde estarás, dónde
 corazón de ausencia
 palpitar de angustia
dónde estarán tus ojos
 en que amé la dicha
que a través de ti
 me prometía la vida
hoy solo recuerdo
 que te regalé un poema
que alimentó
 las horas
 y los pájaros
con un sabor
 mas largo que el olvido
tu detenida voz
 de música en el agua
el vuelo de la tarde
 cayendo en nuestros brazos
el murmullo del viento. . .
 y el lenguaje del mar.



P O E M A B R E V E.

Domingo veintiseis,
—llora septiembre—
la tarde envejece, cabalgando el tiempo,
inaugura recuerdos la nostalgia
la lluvia corre desnuda por las calles
y el viento llama a las puertas
con sus dedos de agua
advirtiéndole que la noche
se acerca —como una bestia negra—
devorando árboles y casas
y luces y palabras
(ha traído a la lluvia para defenderse
de algunos hombres que reavivan luces)

Domingo veintiseis,
—llora septiembre—
el otoño resbala entre la lluvia
y he visto morir la tarde en el asfalto
con este corazón, este domingo y este lápiz
descubro la fisonomía de este poema.

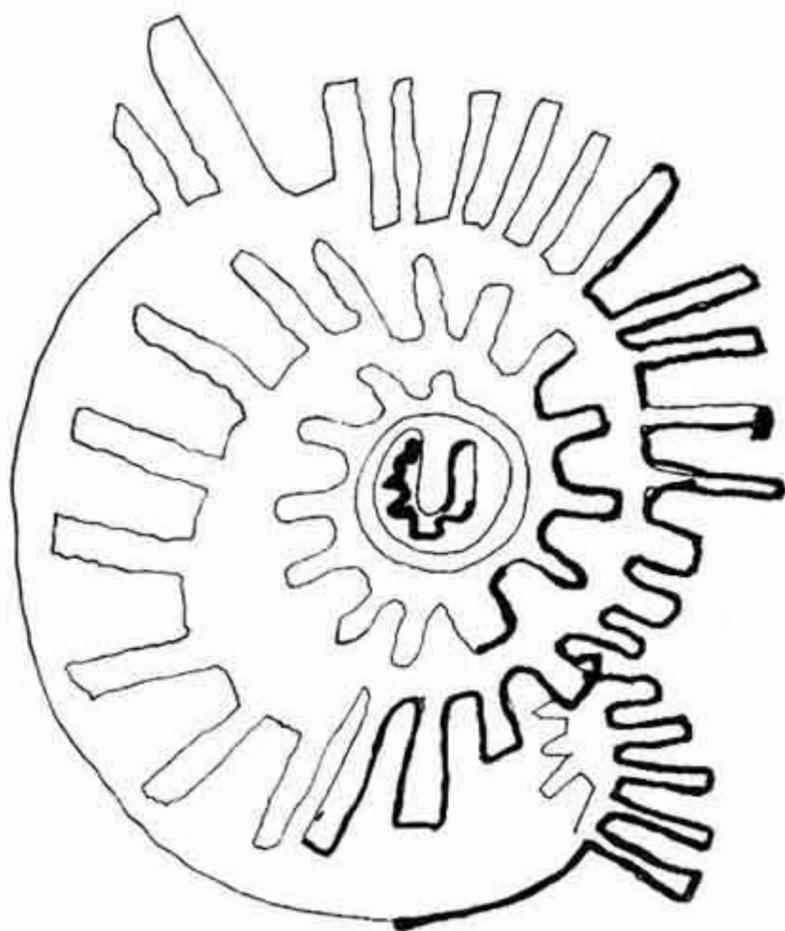


NOSTALGIA.

Ahora te marchas sueño arriba. . . .
. . .desenreda su nostalgia el viento
para entrar en mi vida te forjaste un nombre
para salir, utilizaste una palabra
una simple promesa almidonada
una firme caída de tu mano
que atestigua la venta en un juzgado.

Me dejas soledad por compañía. . . .
gira la noche estremecida y canta
algo dentro de mi se rompe para siempre
y recojo tus recuerdos uno a uno,
(la dulce indiferencia del olvido
arrancara mi nombre de tus labios
y cada día serás menos de mi y más del mundo)

Ahora te marchas, de mi vida. . . .



A ELLA GALINDO

In memoriam

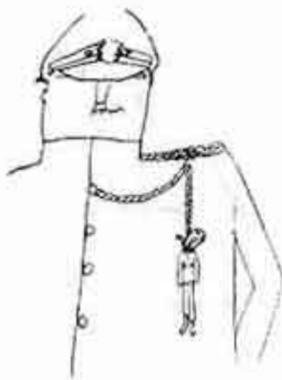
por Martha Donís

Doce años de muerta.
Ella,
madre insepulta,
doce años de espantos,
de gritos,
de cuentas bancarias

Ahí estás,
tranquila,
contándote tu historia y
viendo cómo
se deshiela el tiempo

Te visten el océano
y su sabor a otoño,
los sueños,
los destierros

Tus máscaras acecho,
allá,
desde otras muertes,
aquí, dormida,
espero tu regreso
Doce años,
Ella,
sin cantos
sin enojos.
Doce años



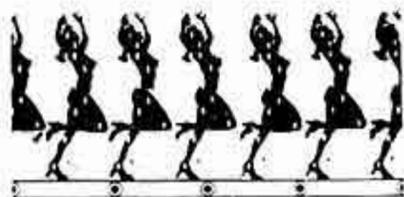
Rincones del despecho
donde dormitan los jueces, agazapados,
ahí te encuentro,
 zaguán,
custodiando tus secretos

Ya no tengo vergüenza
por haber nacido,
por no usar corbata
ni por carencia de apellidos

Doce años de muerte,
madre,
doce años

¿Cuándo vendrás,
 cuándo,
de muertes deshabitada,
cuándo,
 madre,
con pañuelos nuevos para secarme?
¿Cómo decirte esta cosa,
cómo cantar tu voz?

Despierta ya,
 doce años
son bastantes.
Renace otra vez:
virgen,
 puta,
 ángel.
Doce años.



POEMAS

por Agustín del Moral

CUMPLEAÑOS

Si con la vista,
 las palabras,
 el tacto,
 pudiera expresar
toda la amargura
en mí contentida,
la vida,
justamente hoy,
cumpliría. . .
21
 años
 de
 haber
 muerto.

LA COLONIA

Primero René y una cuchillada, ahí, donde nos duele.
Después Moi, y un vehículo desfigurándonos el rostro.
Qué triste,
 qué triste, David,
que nuestra infancia sea,
 cada vez más,
 recuerdo.



UNIVERSO

Frente a ti
toda palabra
en un lugar—común.

Necesito inventar
un lenguaje
totalizante,
totalizante,
totalizante.

Empiezo —y termino:
MUJER.

POSDATA

Para Isabel,
siempre y nunca
Hyzavel

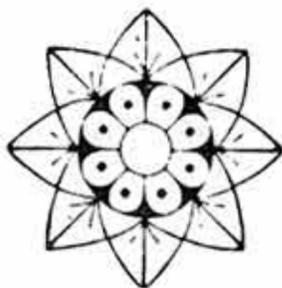
Sólo quiero que recuerdes esto:
que mi cuerpo es como esta estampilla
requiere, para adherirse a ti a este sobre
del calor húmedo de tu lengua de mi lengua
del calor húmedo de tu vagina de esta carta
amorosamente presente
del calor paradisíaco de tu cuerpo de aquella carta pasada
de tus emociones nunca escuchadas de aquellas otras tantas cartas
nunca contestadas
de tus sueños sólo sueños de aquella carta que aún no escribo
de ti, toda TU de aquella carta que nunca escribiré
que ahora, casi olvidada: de aquella carta que no dirá:
ilimitada, infinitamente
te amo, te amo.

Xalapa, Ver., noviembre de 1976



ELEGIA

Para alejarme de ti
—humedad mediante—
me inventé un asma
y te dije:
“Por las noches,
lo ves,
soy alérgico a ti.
Y eso,
¿lo sabes verdad?,
me está matando.
Así que,
aunque me parta la madre:
Adiós, necesito cambiar —de— aires.”
Y tranquilo
partí.
Pero resulta que te llevo
no sólo en los pulmones y los latidos,
sino además, y vitalmente,
en las manos,
en estos seres
mitad témpaños,
mitad anfibios.
Resulta pues
que estás en mi origen.
Resulta pues
que tú y mis manos
son el origen del diluvio y el invierno.
De ahí
mis constantes retornos,
de ahí
mi búsqueda eterna:
en mi cuarto
—nunca habitación alguna estuvo tan sola—
y en tus fotos
—opacas y nostálgicas—;
en mis sueños



—eróticos y desesperanzados—
y en tus calles
—nunca senderos algunos fueron tan ruinas—;
en las largas caminatas en compañía de David
—todos los caminos conducen a ti—
y en las gratificantes pláticas con Ernesto y Lorenzo
—verdaderos lobos esteparios—;
en el café de chinos a media noche
—refugio de mi insomnio—
y en el sexo de, ejem, una amiguita ocasional
—todos los orgasmos conducen a ti.
Pero no sé
si me presientas

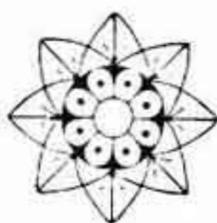
o me delates

El caso es que
salir en tu búsqueda
es como salir

en busca de nadie
para encarecidamente pedirle
me deje estar solo.

El caso es que
tan pronto te busco
te evaporas: te vuelves brisa y neblina,
y me empapas
y me penetras sin tocarte
y me desesperas hasta el extravío,
y, derrotado,
regreso a casa
más asmático que nunca.

Mas,
aclarémoslo de una vez,
no me duele
no poder encontrarte
concretita y palpable.
Lo que a fin de cuentas me duele
es no encontrar
la tierra —cálida— viva manera
de acostarme contigo,
putísima Xalapa.



POEMAS

por Perla Schwantz

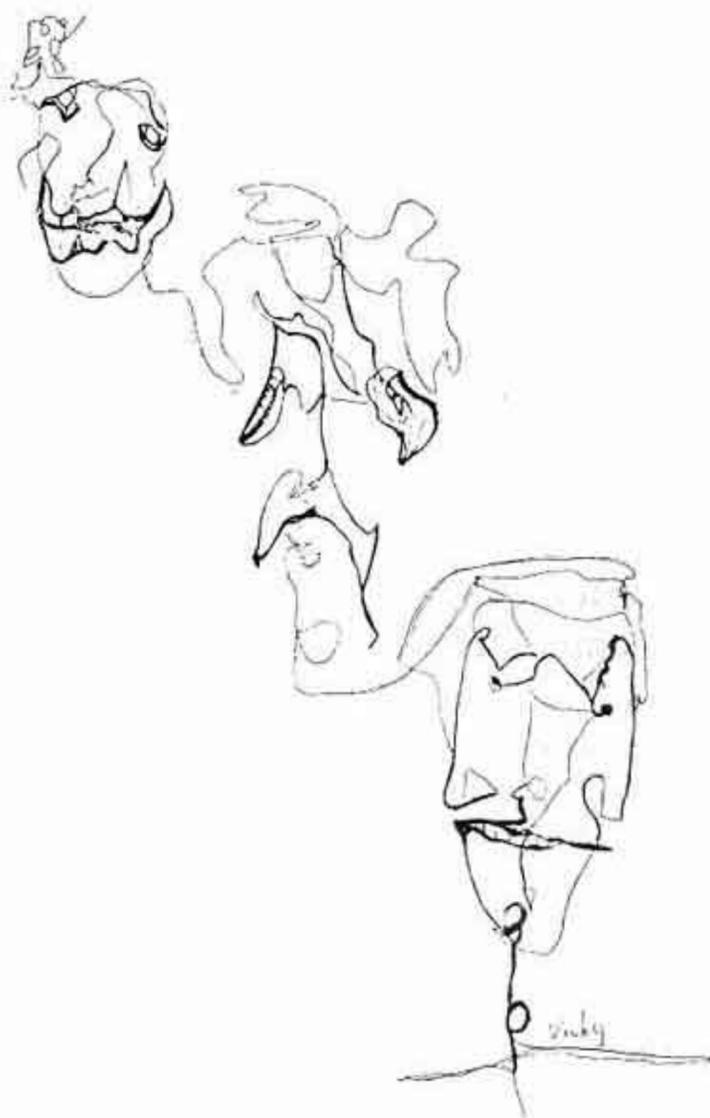
MUCHAS VECES

Muchas veces intenté dibujarte,
recuperar tu figura
en el espacio del papel
pero no fue posible.

 Mi memoria naufragó
y sus recuerdos
acabaron por vencerla.

 Quedé con
el pincel en la mano
y la historia nunca
llegó a ser contada.

 Sólo el blanco
cubrió al papel
que hoy se quedó
abandonado en
el viejo desván.



CUANDO LA LLUVIA

“Hoy estoy endureciendo mi corazón. Estoy dando vueltas a su alrededor y construyendo sus murallas de defensa.” Katherine Mansfield.

Nos va ahogando el mar del tiempo. Cada vez está más lejana la posibilidad de ver el ocaso, cuando el sol tímido se esconde hasta perderse entre las aguas, tras haber ejecutado una sinfonía del color.

Extraviados estamos de la ruta que fue nuestra. A ella no regresaremos: vestidos vamos, como dos vagabundos y a costas cargamos con lágrimas y una profunda desesperación.

¿De qué sirve mirar las estrellas si son inalcanzables? ¿Para qué ser fiel a la arena, si ésta nunca nos confesará los secretos del mar? La voz se remonta en vano, sin encontrar su eco. El cielo lo extravía y ella naufraga. La barca quedó abandonada en la roca. Los navegantes optaron por vivir en islas ajenas.

La distancia quedó establecida. La ausencia se redujo al silencio. Y cuando la lluvia cae, pareciera hacer crecer el mar, además de ser presagio que todo se irá haciendo difuso, acaso quede sólo la arena, el sol, quizás el agua, elementos de permanencia cuidados por el cielo.

lo

Los vagabundos sólo transitarán.

TANKAS

Triste es creerlo:
te perdí, naufragio
en la tempestad.
Nada es rescatado
de aquellos ayer.

La luz por el sol
se transforma, lámpara
para el día.
Fuego que abrasa
el momento de estar.

Hojas que caen
en el otoño triste,
una alfombra.
Años pasan como hojas
ya nadie las pisa.

ME HE SENTIDO DEVUELTO A LA INOCENCIA. . .

por Felipe Mejía

Me he sentido devuelto a la inocencia
de mil siglos,
sin más astro que el sol,
sin más acomodo que una piedra
que cata el ardor de mis rodillas,
la dureza del codo,
la blandura del glúteo y de los lomos.
Estuve oculto por intimidad,
llegado al lugar tras un cortejo
hecho a zancadas,
al alcance de atalayas propicias
para seguir el serpentin de lava descubierto
que cortaría mis pies
¡si no tuvieran algo de *capella*,
le celo en cabrón,
de prófugo y ansioso.

¡La piedra!
¿Qué otra muralla como aquella?
Negra, opaca, porosa
—negra de haber hervido,
opaca de sedimento
y porosa por filtro.
Piedra, capa terrosa.
Costra de duro corazón,
le ha dado apenas agua a las espinas,
a los sacates
y al engañoso tronco
que se parte con la presión de un dedo;
El Lloroso le ha robado por sed
y exhibe en la rama
la verdísima hoja de la estafa.
Y yo a su sombra,
a su falsa sombra
porque el sol quiere inundarnos completos
a tí y a mí
como en los días en que el Grupo se dispersaba
satisfecha el hambre
y se juntaba, caído el sol,
en torno a una hoguera,
indómita una noche y mustia a la siguiente.
¿No has sentido tú también
que vienes de la estepa,

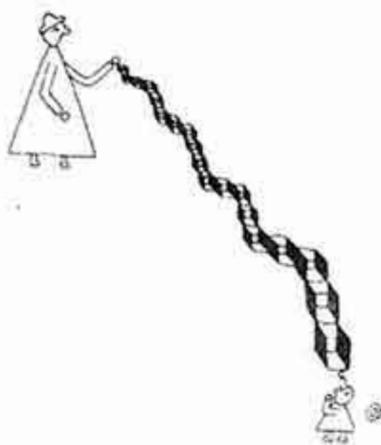
que acabas de dejar la labor en la crecida
para venir conmigo?,
¿que nadie sabe de tu ausencia
porque —en cualquier lugar— tú “estás”?
¿No sientes tú también
que donde somos extraños es allá,
que esta meseta de volcán nos pertenece?

Me he sentido nómada.
He bajado de una sierra
a un valle.
Dejé la troncada y el musgo
con su embozo de niebla,
con sus arroyos vivos,
con los muertos.
Recuerdo que, al bajar,
nos atacaron los perros de monte
pero los asusté con un ¡ámonos!,
¿recuerdas?
Hemos tomado el valle,
hemos cogido un cenit del que orzamos el paso
y volvemos.
Vivimos en un valle ahora,
hemos escogido lugares para estar,
para devolvernos sin fuste ajeno el contento,
dime que la inocencia,
que la inocencia de mil siglos,
dime que la vida.
Alza la vista:
no hay otra cosa que escondites,
que huellas de criaturas nocturnas
y silencio porque mi carne es muda.
Alza la vista:
qué golpe de sol,
los troncos se han adelgazado
entre las piedras,
vestida su negrura de líquen.
Este lugar conserva la huella de la pasada vez,
nadie lo ha entrado
. . . y tan cerca del cenit como está.
Qué fácil se abandona el siglo,
qué pronto se cambia de El Hablar a El Hecho.

DIECISIETE

por Dinorah Navarro

Aún la mañana no ha logrado
desprender la oscuridad
de los ojos de ellos.
Ellos duermen,
¡y de que forma !
Son pocos los presos del insomnio.
Me pregunto si su sueño
será más tranquilo que mi vigilia.
Tengo las pupilas cargadas
de desempleo y niños pidiendo
vellones en cualquier esquina;
los oídos preñados de los milagros
de los estados 51 y 10 asociados,
las manos repletas
de mujeres en factorías,
bares y caseríos;
con hijos en reclusorios,
drogas, en cementerios.
¡Cómo es posible tanta quietud
en medio del desastre!
Si al menos sintieran
la pesadez del aire que respiran
y movieran un dedo,
tan sólo un dedo,
para saber que están vivos
y que esta inercia,
no la he fabricado para torturarme.
Si al menos movieran
un dedo para apretar el gatillo
y despertaran de una vez,
o nos murieramos todos.

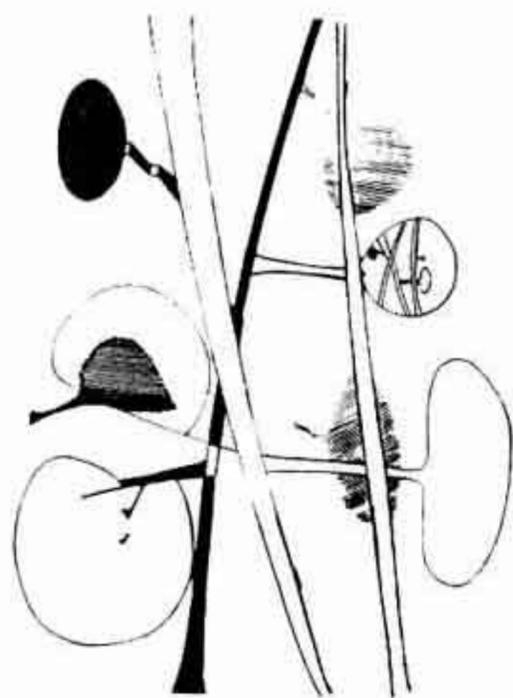


OPROBIO

por Porfirio García Trejo

Esta noche saldré a buscar el día
de tus ansias para abrazarme el ánimo
de devorar las calles.
Soldaré en mis ojos tus palabras para ver
la luz de los indígenas que arriban
al nombre de la ciudad cargando su muerte
y su miseria. . .

Me detendré con tus pupilas dilatadas
en los rincones más sucios
de mi cuerpo, para comprar las nueces, la fruta,
el hambre y la fatiga de su desengaño.
Regalaré unos versos de tu ropa a la desnudez
y la mugre de sus hijos anclados en la indolencia,
y aspiraré con hambre esos trozos de tierra
que mi sangre arrastra
y que nutren nuestras horas de lectura superflua.
Entonces me sabré extendiendo la mano
en tu ternura, para pedirte un pedazo de tiempo
y el olor inasible de tus ojos.
Entonces sabré que existo, y para qué existo
cargando todo este oprobio en la conciencia,
y complementando el oprobio del hambre,
con la gula de fundir tus mañanas en mi tacto. . .



LA VIDA DEBE SER UN SUEÑO.

por Ignacio Javier Orozpe

Bastan en el tiempo, como
siempre realidades y fantasías,
los sueños y una vida
triste, alegre, melancólica. . .

llena de soledad y pasión.
En el tiempo, de hace una vida
se crece y se envejece para
después morir.

En el tiempo, un recuerdo
atado a la mente pasa
a ser parte del cuerpo,
un órgano vívido.

Nos estimulan con secuencia
oportunamente, con solidaridad
comparten nuestros tropezones
pero, el tiempo pasa y la vida se acaba.

Mientras unos ríen alegremente,
otros corren hacia. . . sin cesar y
otros más escriben versos para
sentirse bien.

Para descansar de una vida absorta,
elocuente, que deja hondas huellas,
marcadas cicatrices, que no se pueden
borrar y mucho menos olvidar.

Esta vida de sacudimientos
y extorsiones, de pensadores
y de traidores, de fieles amigos
que nos dejan morir solos.

Por eso, para descansar
sin derramar lágrimas,
son tristes palabras
exitadas y encerradas en el verso.

Palabras soñadoras que
pueden hacernos reflexionar.



Mo Eugenia

CUENTO

CIRCE

por Magaly Martínez Gamba.

“La belleza no es más que el
principio de lo terrible”.
Rainer María Rilke.

Desde el momento en que pisó el intrincado dibujo de la alfombra y miró los recios muebles de caoba, las vigas artesonadas del techo, se dio cuenta de que esa pieza había estado aguardándolo. Nada hacía esperar un cuarto semejante en una casa de huéspedes como aquella y aún sabiendo lo que iba a suceder, no se hubiera movido de esa habitación.

En la calle, el mar era una superficie de asfalto caliente, cruzada de postes que pasaban por él con una regularidad opresiva; sentía la congoja en algún lugar dentro del torso, quizás en el alma, esa entidad errante que a veces se le subía hasta obstruir la laringe, dejándole una impresión de hartura o de asfixia y que le deambulaba otras por el estómago, el pecho o partes más secretas del cuerpo, transmitiéndole aquella sensación de que algo iba a ocurrirle pronto.

Desde la puerta, la patrona se limpia exhaustiva las manos en el delantal, lo mira con sus ojos saltones y él la ve boquear como un pescado mientras habla, retorcer los dedos en la tela, tan distante de esta habitación en donde Circe...

a todas luces le urge dejarlo. Por fin se dirige a la puerta con las últimas recomendaciones: cena a las ocho en punto, desayuno de siete a nueve y comida a las dos, las sábanas se cambian todos los miércoles.

Una vez a solas inspecciona de nuevo el cuarto, se inclina sobre la alfombra, le roza el pelo suave y mullido con las yemas de los dedos; es persa, antigua, dice para sí mismo, y extrañado descubre en el diseño ciervos, leones y panteras, cuando el Corán se prohíbe dibujar la imagen de todo ser vivo y por lo general los turcos no usaban en sus tapetes más que flores y figuras geométricas. Permanece absorto acariciando las hebras y siente que el insólito dibujo convierte el cuarto en un ámbito clandestino. Ya de pie, pasa la mano por los muebles y se queda viendo el artesonado, desde donde lo miran cantidad de minúsculos animales tallados en la madera.

Recuerda el juego que solía compartir con su hijo y ensaya en voz alta una



cachirulo 75

serie de murmullos, rugidos y voces; lo evoca haciendo muecas, sonidos agudos, conmovedoras caras de monstruos. Se pregunta cómo se verá ahora, más grande; también la recuerda a ella siguiéndolo a todas partes con sus ojos de preocupación, el lecho conyugal semejante a un gran depósito cenagoso.

Cuando se cae en un pantano no hay que moverse, pero ella porfiaba en que se movieran en aquella maniobra repulsivamente rítmica y familiar, mientras él sacaba cuentas: seis años de cincuenta y dos semanas, trescientas veintidos semanas no se detenía el ritmo convulsivo de los cuerpos a un promedio de dos veces cada una, porque al principio lo hacían a diario, aunque en los últimos tiempos tuviera que empujarlo a ese espacio gelatinoso y espeso; seiscientos cuarenta y cuatro veces en la misma posición, porque era una buena muchacha, y él continuaba intentando complacerla con los restos de su mejor buena voluntad, pero la sangre se le dispersaba cuando pretendía fijar el número de alzamientos y embestidas, y ella se le aferraba al cuerpo sujetándose de sus hombros como un náufrago con esa maldita cara de desasosiego tan habitual ya, sin notar que no aguantaba lo regularizado, que lo exacto le caía encima como un péndulo constante e impío que se llevara cada vez un pedazo de sí mismo.

Lo que odia de la memoria es que resulta de suyo una fijación rígida e inmovible que repite gestos, palabras, sentimientos con una obstinación demasiado concreta y por eso le elude, aunque en ocasiones como ahora busque quitarsela de encima.

Para distraerse dirige sus pasos al armario y revive la percepción que lo afecta cuando abre el ropero de un hotel o de una casa de asistencia: piensa que los fantasmas de anteriores ocupantes se encuentran prestos a saltar, perduran los hálitos de las prendas que narran las intimidades de sus dueños. Pero de la cantidad de cosas que ha esperado hallar en los armarios ajenos, nunca ha sido satisfecho sino con bolsas viejas, horquillas o cuando mucho, acostumbrado, el vacío. Este mueble no le depara más que algunas pelusas que evadieron la concienzuda mirada de la patrona.



Parece mentira encontrar en casa de una mujer tan evidentemente escrupulosa y de severos labios delgados llenos de tensión, una pieza como ésta, que invita a tirarse en el lecho, a gozar de algo que se desconoce. Una emoción incitadora comienza a bajar desde su estómago y para reprimirla se asoma por el cubo que vertebra el centro interior del edificio, donde en el acto registra que casi todas las ventanas se encuentran tapiadas con tablones.

Todavía se pregunta el motivo de esta circunstancia cuando oye la voz. El timbre de contralto sube, crece, se levanta, llena la habitación, hace resonar los muros y la música invade, alerta sus células, cada una de ellas un pequeño ser vivo; suavemente lo separa en dos partes, la primera de la cintura para arriba que se pregunta y la otra obscura e incasta.

Sin moverse, observa cómo se abre una ventana del piso inferior, la única no tapiada con tablones a excepción de la suya, y el canto se hace todavía más nítido, toma un rostro, un cuerpo. Ella lo mira con insistencia mientras dolorosamente canta (lo siente en su tronco vulnerable), se peina los largos cabellos, encendida y elocuente diosa (percibe el calor en su carne inflamada) y nota como si sonara en el aire demasiado sutil para ser escuchada claramente por el oído humano, música de cornos, de chelos, de instrumentos que llegan hasta la médula. Materia y energía forman un cosmos, una isla entre las dos ventanas. El está allí, con ella; la substancia abrasadora pesa, ocupa lugar, puede ser vista, olida, palpada.

Escucha la voz de la patrona al otro lado de la puerta: la cena está servida, le dije que a las ocho; ella se retira de la ventana y él sigue a la dueña cuando se desliza al comedor donde lo esperan los otros huéspedes, una mujer y un hombre, viejos los dos, con un repetido aire de vencimiento que resulta aborrecible, infinidad de arrugas les dan un aspecto tan semejante, ambos pares de ojos intolerablemente nublados mirándolo con desconfianza.

Desea ansiosamente investigar la identidad de la mujer de la ventana, aunque no se decide a presentar el suceso en su verdadera magnitud, porque algo que despierta en él una satisfacción tan perfecta no puede ser verdad y soporta una larga plática mientras busca el modo de indagar por ella. Tiene que decirles alguna cosa, hallar un tema de conversación cercano, inmediato, y trata de pensar en una materia que los atraiga, pero ya ha recorrido con la vista casi todos los pequeños rombos que forman el encaje plástico del mantel sin que se le ocurra nada, cuando la patrona le pregunta con su expresión huidiza si la habitación es de su gusto.



Aliviado, se explaya en elogios a la alfombra tan poco común, habla del techo, de los muebles, y al mirar a los dos huéspedes se siente como alguien que estuviera caminando en un sendero resbaladizo, tal es la manera en que aquellos detestables ojos repiten su expresión atenta, absolutamente fijos e impenetrables, y él pierde seguridad, bracea en la conversación, baja la voz y cuando abandonado el tino pregunta por la mujer de la ventana, los dos agachan la vista y siguen comiendo. Aparta su silla con violencia, se levanta y regresa al cuarto a encontrarse con el insomnio de todas las noches para el que no sirven remedios; se acerca a la ventana que permanece tranquila, se tira en el lecho y sin saber cómo cae en el sueño.

El edificio es grande y lleno de recovecos, gris y muerto; transita por la escalera le produce frío, mucho más permanecer escondido esperándola. Cuando la ve salir duda que sea ella, no se le figura del todo conocida, tan irrespetuosamente real y ordinaria. La escalera se convierte entonces en una artimaña penal poblada de puertas y de ruidos, su mano derecha conteniendo el golpeteo del corazón, rebelde ante esta mujer poco peligrosa y cotidiana. Pero él la busca en el recuerdo y es la misma, con el cuerpo como un navío carnal que le avanza por dentro, oculto pero indócil; el mismo rostro divino y no por lo meramente hermoso tan ofensivamente innegable, sino por aquella cualidad omnisciente, ahora ensombrecida, por la cual la divinidad conoce todas las cosas, aún las más secretas.

Y si, el perro que va con la mujer lo descubre y se echa delante del escondite a mirarlo; esos ojos húmedos le producen un asco áspero que lo hace moverse, salir y chocar con ella que grita desvalida, inhabitada siempre por un hombre, tan odiosamente intacta cuando él todavía la lleva en la sangre en una evocación opuesta a la de este momento en que se extenua de tanto tirar la sogá que sujeta al animal, hasta que consigue levantarlo y ambos salen corriendo.

Unicamente en la habitación se recupera a sí mismo en toda su integridad, se siente completo, consumado; sólo en ese mundo que rompe con las reglas del juego de todos los días. Siempre lo supo, desde adolescente. Cuando caminaba por la calle una campana en el pecho le advertía: eres un predestinado, y por eso su corazón no descansaba nunca, por la urgencia de llegar a un puerto que no se conoce ni se sabe dónde está, y sobre lo angustiosamente iterativo de la búsqueda, la zozobra de pasar por ese punto y no reconocerlo, ignorar dónde habría que detenerse. Ahora se ríe de esos temores de novicio, porque la campana del corazón ha cesado en este recinto.



Ya no ha vuelto a sentarse a la mesa con los huéspedes; se encierra en el cuarto y permanece en la cama, la mirada fija en el artesonado para descubrir las imágenes talladas en él: roedores, iguanas, papiones, mandriles y otras bestias que lo miran con ojos desorbitados, mientras se enroscan, se retuercen y le muestran los colmillos. Es tal la profusión que él diría que se mueven, que en la habitación nada es completamente estático aunque lo parezca; hoy ha notado que uno de los ciervos de la alfombra, un macho de tórax poderoso, vientre recogido, miembros largos, finos y cabeza rematada por una corona de afiladas puntas, está más cerca de su cama. Se queda observándolo mucho tiempo, todo el día, a ver si percibe algún impulso, pero no, ante su vista no se desplaza, permanece en su sitio tan quieto como él mismo, ambos midiéndose con la mirada, hasta que oye la voz de nuevo.

Sólo un^o temor había albergado en ese paraíso y era no volver a escucharla, que ella fuera en realidad la chiquilla imperfecta de ojos aprensivos que encontró en la mañana, muy distinta de esta mujer tan verdadera desde el fondo del vientre hasta la conciencia: quimera, diosa, prostituta, criatura angelica, porque todas serían así por dentro de no haberles dado por sucumbir ante su aplastante piel de oveja, hasta que llegaron a creerse que ésa era su naturaleza indiscutible, apenas traicionada por ímpetus pronto sofocados con el andamiaje de obstáculos que habían fabricado para defenderse.

La voz es un instrumento que fractura, corta, modifica; él sabe que sus huesos, ligamentos, articulaciones ya no son los mismos; todo en su interior es una variación que no responde a sus impulsos cerebrales; el poder de ella lo quema, ansia perderse en el calor que emana, vencer el envaramiento que lo tiene allí, aborta ante esos ritos sensuales; pero un pensamiento lo detiene, aflora de repente en aquella multiplicidad dolorosa de pulsaciones que tan deleitosamente lo martirizan.

Ha descubierto que la habitación no es el puerto definitivo, sino una antecámara; sabe que lo que va a ocurrir tiene que ver con ella y se queda aún más paralizado ante la convicción de que esa pieza ha sido sólo un compás de espera para disponerlo a una voluntad que lo excede en designios; alcanza a dudar por un instante y preguntarse si no sería mejor seguir en esa condición fatal de búsqueda ciega que dejarse ir a su destino. Algo en su interior se lo confirma y en la revelación momentánea encuentra fuerzas para separarse de esa visión perfecta, bajar su maleta a la cama y sacar la ropa del armario en



un intento de sobrevivencia. A los pocos minutos queda todo apresuradamente acomodado, pero él sabe que ella está ahí, vuelve, guarda cada prenda con lentitud, las deja en su sitio y regresa a la ventana; todo está apagado, en silencio; se cubre el rostro y llorando se desliza hasta el suelo.

La mañana lo encuentra en esa posición y en cuanto abre los ojos no lo piensa, baja uno a uno los escalones, gozándose en ese movimiento repetido porque ahora anuncia ser postrero y cuando ella sale se le echa encima, la ve luchar debilmente mientras la empuja a la pared, jadear cuando le persigue el rostro con la boca dispuesta, exhalar un intento de grito que se le ahoga en el pecho, y después el llanto; por eso la suelta y la contempla irse entre sollozos.

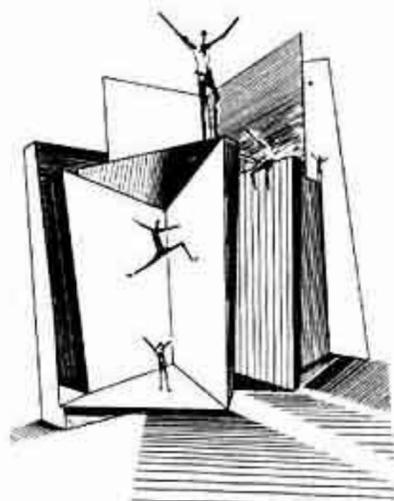
Más tarde, a solas, el timbre de la puerta lo saca de su ensimismamiento; cuando abre, ella da un paso atrás con esa poquedad que él no encuentra ya tan insultante. Les traje este vinagre que yo misma preparé, tartamudea, y al entregarle la vasija lo roza con sus manos demasiado frías. Una vez que se ha marchado, prueba el vinagre ampliamente con el dedo, disfruta su sabor amargo sobre las papilas de la lengua, goza hasta el estómago aquella sensación ácida y cuando llega la patrona, le explica la procedencia del liquido agrio, la ve mover sus ojos abultados en aquel gesto evasivo tan suyo y dirigirse a la cocina donde sin variar la expresión lo derrama por el fregadero.

Esa noche, al empezar el rito, toma un camino opuesto a la ventana, atraviesa la sala, transpone la puerta y ya no le importa nada sino perderse en la singularidad de aquel ser, en ese cuerpo donde no se encuentra tregua, tan amorosamente fiel como para permanecer siempre mudable; desea entregarse ya, romperse, desbordarse. Qué real le parece, qué irrevocablemente certera su mirada maliciosa y perversa. Y él allí, ante el espejo doblándose y desdoblándose como si lo hicieran de nuevo, contemplando cómo se le transforman las extremidades, la manera en que se le alarga el rostro, la bella cornamenta que nace.

Magaly Martínez nació en la Habana, Cuba, en 1948. Es licenciada en periodismo y profesora de literatura contemporánea. Ha publicado en distintas revistas del país y ganó una mención en el premio Hispanoamericano de cuento en 1979. Es integrante del taller PUNTO DE PARTIDA DE LA UNAM.

CUENTOS CORTOS

por Juan Alberto Sanén



CONFRATERNIDAD

El cadáver fue encontrado en uno de los predios de la gran ciudad. . . Alcancía de algún rico. . . El hombre había muerto de frío. . . La rigidez y lividez de su cuerpo estaban mal cubiertas por jirones de costales, hojas de periódicos y fragmentos de cartulinas. Los encabezados, las siglas, los lemas se mezclaban con escudos, águilas y manos protectoras. “Distinguidas damas de la alta sociedad organizan una kermess en beneficio de los pobres”. . . “Gran barata de corbetores con el 20% de descuento con la credencial del”.

“Misa solemne en acción de gracia por la cosecha de algodón en el norte”. . . “Ni miseria, ni hambre, ni frío: todos en pie de lucha”. . . “La Seguridad Social para todos”. . . “Inauguración del albergue para indigentes”. . . “La ciudad es de todos. . .”

En una ambulancia último modelo, trasladaron el cadáver al anfiteatro.



LA ILUSION

Por los claros del bosque, ausencia lunaria; en los remansos de agua, las estrellas tejían con sus reflejos geometría de siglos. Un sapo pequeño, ojón, gelatinoso, de dorso seco, contempla admirado y con envidia el mágico espejo luminoso. —“Si pudiera vestirme de estrellas, mi vida sería otra”. Sin pensarlo, se arroja al agua tratando de atraparlas. Las ondas se dispersan, pero en su dorso se reflejan irónicamente algunas estrellas. Se siente feliz. De la rama de un árbol se desprende como saeta un buho, y se lo come.

EL INSTINTO MATERNAL Y LA AMISTAD

El amigo de la infancia, leal, estéril y azospérmico convenció al médico capaz para practicar un simulacro de inseminación como último recurso y cuyo concebido fracaso aseguraría la armonía conyugal.

Cuando ocho meses después el embarazo era un hecho, la resignación y el silencio sellaron el final de una amistad . . . vencida por el instinto maternal.

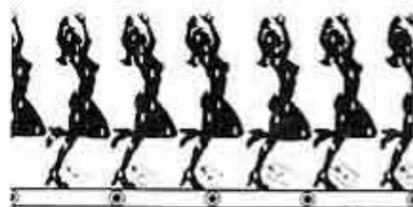
CUENTECITO



Se posó en su mano abierta, redonda como bola de cristal; ligera, luces maravillosas de colores cambiantes, irradiaban en su superficie, semejando crepúsculos de lejanos mares, camino por recorrer, nubes, alas de mariposas, plumajes de aves exóticas. Por su memoria cruzó la sonrisa de un niño, la ternura de su madre, la abnegación de su padre, sus ilusiones, sus añoranzas, sus celos y sus fracasos, lo realizado y no soñado. . . Por un momento, pensó que esa bola mágica sería la solución a todos sus problemas. . . La pompa de jabón estalló. . . En su mano abierta una ligera humedad. . . Por las mejillas del hombre rodó una lágrima.

15 de MARIO DE 1976

por Mario Mayen



Esta cara no es mía, me la prestaron. Quizá fue aquel ropavejero, que cuando yo era niño, rondaba mis sueños. Ridículos, poco decentes me parecían sus modales. Así era él. Jugaba a comprar cañas en las farmacias.

Nada era acertado. Los dedos de los regentes lo señalaban; en su inocente confusión alzaba las manos, las represalias no se hicieron esperar.

Ocho años vivió en presión.

Sus ojos y sus manos eran como el ámbar y, no podía ser así, deberían tener el color del fuego, el filo de las espadas de Ivan-Hoe.

El jitomate era verde, lo pensaban rojo. ¿Mudaría entonces su piel?. Tenía el derecho de hacerlo, y lo hizo. Aprendió a romper los sueños de tres niños que se decían sus hijos; y a convertir en dados, dos senos que deseaban curar sus grietas.

El ropavejero ha ocupado la silla que lleva mi nombre. No se si sigue él en ella, si por fin se mece tranquila, o si quien habla no es mi lengua sino la suya, o la del chicle expelido al viento.



a MARCELO LECHUGA

“No puede fallar, uno más uno son dos, dos más dos cuatro. . . sentimiento más sentimiento. . .”

Como en todas las historias existía un ambiente y sus personajes, pero no llegaron a tiempo; parece que sus padres no les dieron permiso. Tan sólo una roca quedó en el paisaje. Más bien, pegada a la tierra; dicen que fué un maleficio: Erase una vez una. . . pero no, para la ciencia los imposibles son un mito. Entonces el osado profesor llegó hasta la roca, o viceversa. La palanca se reía maliciosamente de la roca, cambiaría su curso. Llorando llamó a la polea, ésta a la dinamita y la última a la resignación. Un viento repentino arrastró a un despistado, se hallaba confundido y desconsolado, no había nadie. La roca, sí, la roca estaba en sus manos, no, no se agachó, fue un suspiro. Sí, ya pueden decirle a KEPLER, a NEWTON, a EINSTEIN que fue un. Un suspiro es. . . ¿qué importa? El fué.



ENCUENTRO

Silvia Elena Caso

Grito desde hace horas. Ya más, ¡no!

Hace tiempo que me deberían haber subido mi alimento, ¿o es...? ¡Sí, que extraño silencio! No se escucha nada más que el viento. Únicamente el viento y su silencio.

Me inquietan esta soledad y este silencio. Silencio que puedo romper de un momento a otro con el crucijado de esta esclavizante silla. Sin embargo, al empujarla con mi único punto de apoyo, parece llenar más este enorme vacío.

Sí, asustado, de mí mismo. Del silencio de mi propia muerte, pero ¿Por qué habría de asustarme? Lo único que tengo es mi muerte, lo único que sé es que estoy muerto. ¡Tengo hambre! ¡Tengo sed!

Se largan quién sabe por cuánto tiempo y no me dejan nada para comer ni beber. ¡Hijos de puta! Si pudiera caminar, si tuviera mis piernas y no estos muñones.

Tengo muerte, tengo hambre, tengo sed y. . . ¡muñones! Anda silla, tú puedes, así, rueda. Sí, tu chirrido y mis fuerzas. Así, más rápido. ¡Ya está! Ahora solo falta bajar. No soporto más, mi brazo está cansado, pero tengo hambre y sed.

En este vacío de silencio, sólo falta bajar la escalera.

Estoy fastidiosamente muerto. Así que rueda más. ¡Sólo son unos cuantos peldaños!

¡Ya está!, ¡CUIDADO! Un poco más. Así. Despacio, ya falta uno menos uno que no volverá a sentir sobre sí, mi muñosa muerte.

De nuevo, repítelo otra vez más. Ahora falta menos de todo lo que era antes de iniciar. Ya no soporto más. Descansa sobre mi cuerpo; sobre lo que resta de lo que fue mi ser, mi configuración. ¿Por qué se habrán ido si ya no tengo. . .?

Aaaah. . . ¡CRAAAC!

¡No! ¡No ruedes más! ¡Detente!

¡Atasca tu rueda en algún peldaño de esta interminable escalera!

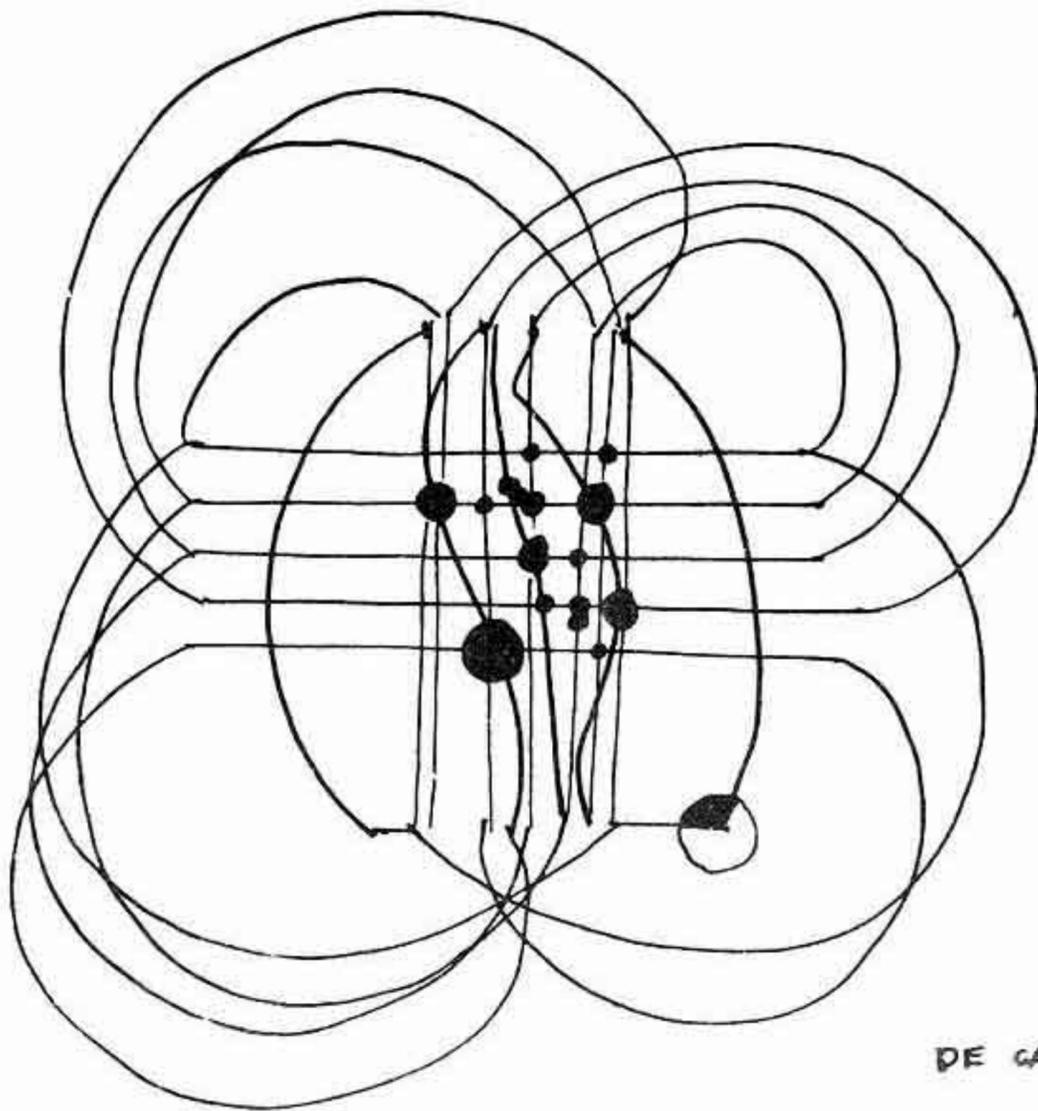
Te digo que reposes y pierdes el control, todo se vuelca, se mueve y tiembla.

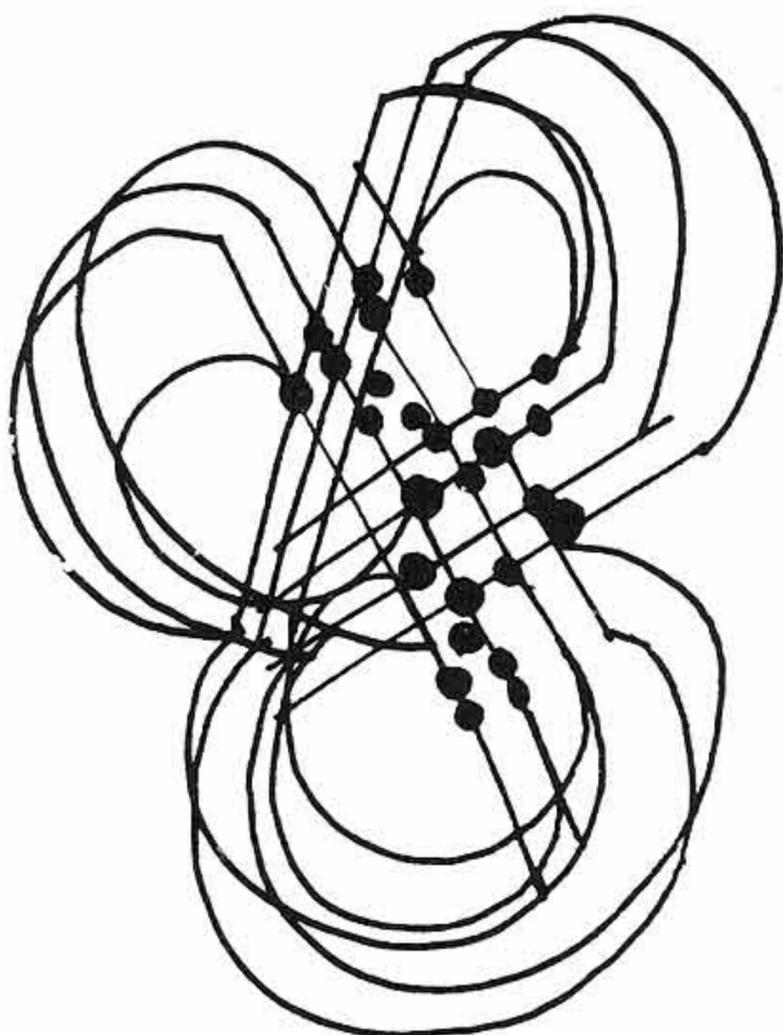
Al fin, parece que te detuviste.

Definitivamente no triunfa nada. La aniquilación no deja gozar; no se deja vivir.

No es cierto, miento al negar el éxito. Sí hay triunfo. Triunfo de la muerte ante la vida muerta. Triunfo de lo rancio y lo vacío ante el silencio y la belleza viciada y corrupta. Dominación de la pobredumbre. Aniquilación de la vida muerta.

Ya no tengo hambre, ya no tengo sed, sin embargo, tengo más muerte. Sí, una abultada masa de muerte, menos viviente e igual de muñosa, estoy carente de mi muerte viva.





DE GARAY

Solamente descansé sobre mi muerte para seguir en vida y ahora ya ni esa muerte tengo. Sí, acaba de fallecer esa muerta y muñosa vida. Sólo ha virado el ángulo; antes era muerte en una vida y desde hace unos instantes, vida de una muerta.

La muerte de una vida, siempre se afanó por vivir a pesar de su podrida y muñosa existencia. Sí, me refiero a la muerte de la vida muerta que acaba de extinguirse. Sin embargo, esta muerte que pereció ahora tiene más vida en su muerte que en el transcurso de su muerta vida.

Alguien llama a la puerta ¿para qué? ¿ya para qué los quiero? Siguen llamando, ¡qué insistencia!

Ya es demasiado tarde. Si piensan que al regresar van a encontrar todavía a la vida muerta. . . se equivocan. Vuelven a llamar ¿y esa voz? ¿De quién es esa voz?

—Abre la puerta, permíteme pasar. ¡No soy ninguno de ellos, soy tu muerte!

—Llegas tarde ¡No te necesito! Mi muerta vida encontró el sentido de la vida en la muerte de su muerte.

UN GOLPE DE MARRO

Por Lucio Riveña T.

El silbato de la fábrica de hilados y tejidos, no sonó a la hora acostumbrada.

Los moradores de la pequeña población industrial y sobre todo los obreros de la fábrica, estaban realmente extrañados ante aquel suceso raro, sin embargo, se dirigieron hacia su trabajo.

En la puerta de la fábrica, los trabajadores comenzaron a hacer comentarios.

— ¡Oye Nico! ¿Qué es lo que pasó? —comentó uno de los trabajadores.

— ¡Qué se quemó el motor principal! —contestó y añadió—, y que no trabajaremos hasta que lo reparen.

Mientras que en el interior de la fábrica, mister Harrison, el dueño, contrariado y malhumorado ante tal situación, insultaba a todos los que estaban con él.

—¿Y bien. . .? ¿Mandamos llamar al señor González? —comentó el gerente.

— ¡Ese sinvergüenza, jamás! —contestó mister Harrison y enojado agregó— ¿Qué cobrar quinientos pesos, por cualquier reparación!

—Entonces. . . ¿Qué se hace? —insistió el gerente.

— ¡Lleve el motor a la ciudad de México y no regrese hasta traerlo funcionando.

— ¡Muy bien, mister Harrison! Salgo hoy mismo.

Al tercer día regresó el gerente, con el motor reparado.

Se instaló, se conectó y el motor no funcionó.

— ¡Qué pasó señor gerente, el motor no funciona! —dijo molesto mister Harrison.

— En la ciudad de México lo probaron varias veces y sí funcionó. No me explicó por qué, aquí no funciona —contestó el gerente—, justificándose.

Ante tal situación y para no perder más tiempo, mister Harrison ordenó:

— ¡Llamen al señor González! a ver si puede repararlo.

El señor González se presentó en la fábrica, en cuanto fue llamado.

— Solicitamos sus servicios —dijo mister Harrison, un tanto serio y disgustado—, pues el motor no funciona.

— ¡Bien mister Harrison! Veré que se puede hacer.

— ¡Samuel, la herramienta! —ordenó el señor González a su ayudante.

Samuel, muchacho vivaracho, sacó la herramienta y la colocó en orden, sobre el piso.

El señor González revisó cuidadosamente el motor.

Posteriormente recorrió con la vista la herramienta y al no ver lo que necesitaba, ordenó de pronto:

— ¡Traigan un marro!

— ¿Un marro? —preguntó estupefacto mister Harrison.

— ¡Sí, un marro! —insistió el señor González.

— ¿Pedro, ve a la bodega por un marro! —le ordenó mister Harrison.

Ya con el marro en sus manos, el señor González dió un golpe seco y certero.

— ¡Ahora, conecten el motor! —ordenó.

Y el motor comenzó a funcionar, ante la expectación de todos.

— ¿Qué le sucedió al motor? —preguntó intrigado mister Harrison.

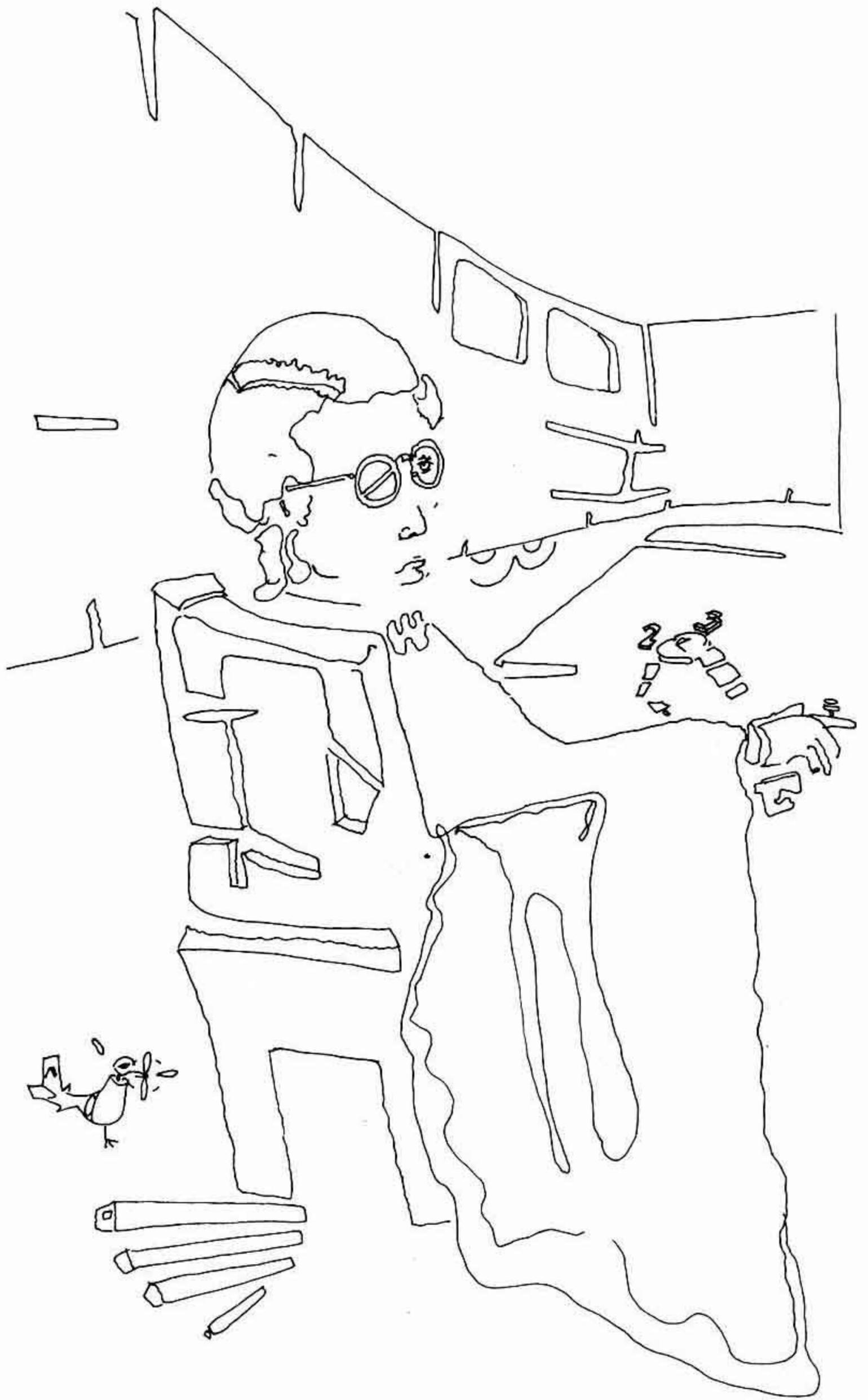
— Al bajarlo en la estación del ferrocarril, se corrió la flecha y lo que hice fue volverla a su sitio —explicó el señor González.

— ¿Y bien, cuánto le debo? —preguntó mister Harrison.

— En lo convenido, quinientos pesos, —fue la respuesta del señor González.

— ¿Quinientos pesos, por un golpe de marro?

— ¡No mister Harrison! Por el golpe de marro le cobro un peso; pero por saber ¿dónde?, cuatrocientos noventa y nueve pesos.



TESTIMONIO

TLALTELOLCO

por Noika Moncada

2 de Octubre

Han pasado seis meses y el recuerdo de aquella tarde sigue en mi mente. Sigue como algo que no debe olvidarse y que quién sabe por qué motivos trato de reprimirlo; no sé si será porque me asusta el descubrir que desde ese momento no sentí el suficiente coraje contra tal agresión. Las sensaciones que tenía eran tan raras, tan inesperadas, que todavía no puedo explicarlas.

Recuerdo que asistí al mítin convocado por el Consejo Nacional de Huelga a efectuarse en la Plaza de las Tres Culturas. Tanto yo como algunos compañeros y familiares nos sentíamos confiados debido al éxito que habían tenido anteriores concentraciones en Tlaltelolco y no dejábamos de tomar en cuenta el apoyo que habían dado a los estudiantes los habitantes de la Unidad. Sin embargo, había algo diferente en el ambiente, a la vez que sentíamos confianza, se advertía un cierto nerviosismo en nosotros.

Yo recibí algunas llamadas de amistades en las que me comunicaban que iba a haber represión, que me cuidara, que no asistiera. Pero esas advertencias más que asustarme me hacían imaginar una situación diferente, ese algo nuevo que tantas veces se espera. No sé si esto se debiera a que en muchas ocasiones todos quisiéramos sentirnos por un momento pequeños héroes, tan pequeños, que tal vez sólo nuestros allegados lo sabrían.

Durante la comida, los comentarios giraron en torno al movimiento estudiantil. Algunos contábamos nuestras experiencias y hacíamos bromas. Cuando llegó un compañero de la escuela por mí, seguimos bromeando y comentando los últimos acontecimientos. Mi hermano le ofreció una copa, diciéndole que la aceptara, pues probablemente sería la última que tomara; todos reímos, sin imaginar que sus palabras estuvieron muy cerca de convertirse en una realidad.

Antes de salir de la casa, alguien le dijo a mi cuñada que por qué no iba, estábamos a unos cuantos pasos de la Plaza (vivimos en Tlaltelolco) y nece-

sitábamos gente. Ella aceptó y nos dijo que pasaría por otra de mis cuñadas para ir todos juntos.

Llegamos a la Plaza a las 17:30 Hrs., el mitin ya había empezado y yo me dedicaba a ver cuánta gente había. No sé cuánta sería, pero toda la explanada estaba repleta; en las terrazas del edificio Chihuahua ya no cabía nadie más; de los edificios un poco más alejados pero que también tienen vista a la Plaza, se veía gente asomada a las ventanas y apretujada en las terrazas. El ver reunida a esa muchedumbre me causó alegría pues venía a comprobar una vez más que el pueblo estaba reaccionando y que en mayor o menor grado estaba con el movimiento.

Ya estando allí nos encontramos con muchos conocidos, cosa que nos sucedía en todas las manifestaciones. Platicábamos y comentábamos la asistencia, muchas veces olvidándonos de los oradores. Cuando uno de ellos comunicó a los manifestantes que se había suspendido la marcha hacia el Casco de Santo Tomás para exigir la salida de las tropas, aplaudimos, pues pensábamos que habría sido una provocación de la que hubieran salido muy mal librados los estudiantes. El orador continuó hablando y de pronto vi unas luces de bengala verdes que parecía procedían de la parte posterior de la iglesia. En ese momento todo fué confusión; algunas personas empezaron a correr empujándose unas con otras, el joven que estaba hablando llamaba desesperada e inútilmente al orden, pues ya nadie le escuchaba. Gritaba "calma, no corran, es una provocación, mantengamos el orden". Yo dudaba, no sabía si correr o tratar de conservar la calma para poder darme cuenta exacta de lo que estaba sucediendo. Fué en ese momento cuando uno de mis compañeros me dijo: "mira a esos desgraciados", volví la mirada hacia la tribuna —la terraza del tercer piso del edificio Chihuahua— y ví cómo un sujeto jaloneaba al muchacho que tenía el micrófono y empecé a escuchar disparos. Ya era tanta la confusión que no podía distinguir de dónde provenían, pero creo que el tiroteo se había generalizado en todas las direcciones de la Plaza.

Todavía aturdida, sentí que alguien me jaló del brazo, al mismo tiempo que la propia gente me empujaba. Con este impulso llegamos a uno de los locales comerciales que se encuentran en la planta baja del edificio Chihuahua. Apenas habíamos penetrado al local cuando alguien gritó, "cierren la puerta; ya no dejen entrar a nadie". Inmediatamente nos tiramos al piso y tratamos de encontrar algún muro o algo que nos protegiera, pero ya era imposible, el local estaba invadido. Yo quise moverme, pero mi hermano casi se echó sobre mí y me impedía cualquier movimiento. Empecé a preguntar por mi hermana, mis cuñadas y mis compañeros, él me dijo: "No te preocupes, todos están bien, pero no te muevas".

Pasada esta primera impresión empecé a recobrar la calma, aunque creo que no la había perdido, pienso que no hubo tiempo para ello. Casi sin levantar la cabeza descubrí a mi hermana y a mis cuñadas, junto a ellas estaba solamente uno de mis compañeros, los demás no supe por el momento dónde estaban.

El tiroteo aumentaba, era impresionante oír el impacto de las balas y el estruendo de los cristales al romperse. En esos momentos me sorprendía el no sentir miedo, o tal vez era tanto que ni yo mismo me daba cuenta. Hubiera querido levantarme y convencerme de lo que estaba pasando, toda-

vía no lo creía. Me sentía un tanto culpable por haber insistido para que nos acompañaran mis familiares, si les pasara algo. . . Lo que más me indignaba era sentir esa impotencia para responder a la agresión.

Los minutos pasaban y el tiroteo no disminuía. Deseaba que ya terminara, no por el miedo de que alguna bala me pudiera tocar, sino para convencerme de que era cierto y de que yo estaba ahí.

Me dolía la nuca por los intentos de levantar la cabeza y sentir la mano de mi hermano que me lo impedía. No sé que hubiera sido más doloroso, si el haber presenciado y sido testigo de la matanza, o el estar allí "semi-protegida" imaginando la suerte que habrían corrido los cientos de personas —mujeres, niños, ancianos, jóvenes— que se encontraban en el centro de la Plaza y que con toda seguridad no habían tenido oportunidad ni tiempo para correr y salvarse. Yo, que estaba a unos cuantos metros de los locales, apenas tuve tiempo de llegar a ellos, pero, ¿y toda esa gente?

De pronto se escuchó una voz que venía de afuera: "alto el fuego", la orden iba siendo repetida conforme llegaba a los grupos de soldados.

Cesó el fuego. A pesar de que el local estaba completamente lleno, no se escuchaba ninguna voz. Aprovechando la "tregua" mi hermano y yo tratamos de acomodarnos en algún rincón y protegernos. Quitando algunos objetos, logramos colocarnos tras de una pequeña columna. Eran las 19:15 Hrs. Hasta ese momento me di cuenta de que estaba lloviendo. Ni una palabra, ni un comentario. Lo único que se me ocurrió fue sacar un cigarro y empecé a fumar. No lograba poner en orden mis pensamientos, si es que los tenía.

No sé cuánto tiempo transcurrió. De pronto empezó nuevamente la balacera: "no era posible, ya había sido demasiado". En esta ocasión ya no escuchaba yo el impacto de las balas, me daba la impresión de que ahora tiraban al aire, tal vez para asustarnos y obligarnos a permanecer quietos. Mientras tanto, el ejército "limpiaba" la Plaza.

Nadie se movía. Los que estábamos más cerca de la puerta pudimos ver algunos tanques pequeños que rondaban por el edificio. De fuera, pero muy cerca del local, escuchamos la voz de un joven que se quejaba: "soldado, soldado, ayúdame, necesito una ambulancia, no puedo caminar". Repitió esto muchas veces, pero no podíamos hacer nada. Soldados y agentes con guante blanco o con un pañuelo enrollado en la mano, pasaban una y otra vez. En ocasiones llevaban a personas heridas. Ya no escuchamos la voz del joven que pedía auxilio —quién sabe qué habrá sido de él.

Sorpresivamente, la luz del local fue encendida. Sentí un sobresalto cuando vi que un pelotón del ejército penetraba al local. Después de lo que había pasado, ya todo podía esperarse. Sentí miedo y coraje. El que comandaba al grupo nos dijo que nos levantáramos y pusiéramos las manos sobre la nuca. En esos momentos esperaba lo peor. Sin embargo, nos dijo "calma, estense quietos, no va a pasar nada". Se acercaron y empezaron a revisar a los hombres; a las mujeres sólo nos hicieron abrir nuestros bolsos. Volvieron a apagar la luz y se colocaron en posición de tirar hacia afuera.

Toda la gente volvió a tirarse al suelo; buscando una mayor protección. Pasaron algunos minutos y ya sólo se oían algunos disparos aislados. Luego

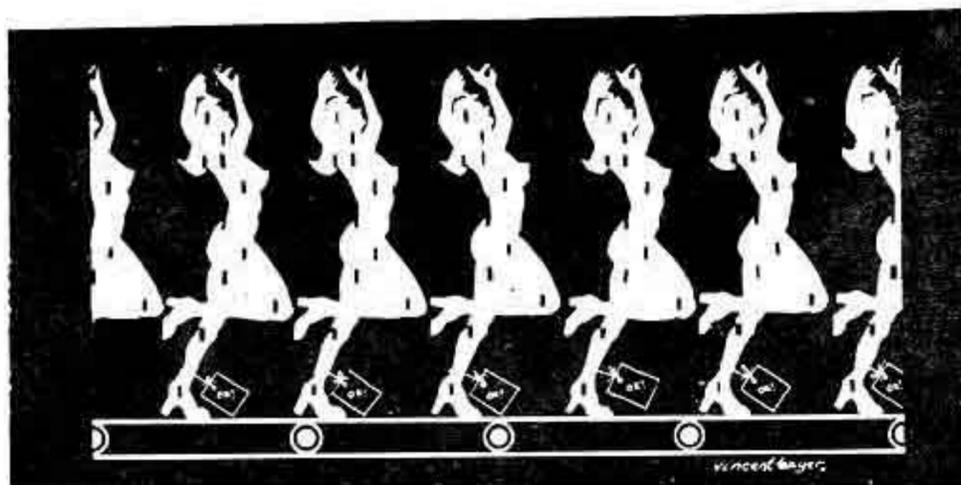
nos dieron nuevamente la orden de levantarnos y nos hicieron salir por la parte posterior del edificio. Cuando íbamos saliendo, algunas mujeres lloraban y pedían que ya terminaran. Un niño se quejaba, estaba herido, se había cortado con los cristales rotos.

Uno a uno fuimos saliendo, escoltados siempre por los soldados. Al salir, vi en el piso una gran mancha de sangre. Nos condujeron a unos cuantos metros y nos "acomodaron" atrás de los elevadores del edificio. Al llegar ahí, encontré a una amiga que en la confusión se me había perdido. Estaba empapada e inmensamente pálida. Apenas cruzamos unas palabras. Entonces nos dieron la orden de cruzar para llegar a un costado de la iglesia. Avanzaron unas cuantas personas, cuando volvimos a escuchar un breve tiroteo, inmediatamente nos volvimos a donde estábamos. La gente empezó a desesperarse y se apretujaban unos con otros. Alguien gritó que un niño se estaba asfixiando, o más bien, lo estaban esfixiando. Entre nosotros mismos recomendábamos conservar la calma.

Terminado el breve tiroteo nos ordenaron nuevamente atravesar hacia la iglesia. Avanzamos hasta llegar a la parte posterior del templo. Ahí nos formaron en dos filas, una de hombres y otra de mujeres. Los hombres empezaron a avanzar, obedeciendo las indicaciones que les daban. En ese momento uno de los soldados dijo que los que vinieran con familia avanzaran. Mi hermano y el amigo que iba con nosotros nos abrazamos y empezamos a caminar. Atravesamos el edificio de Relaciones Exteriores y salimos a la calle.

Tanto la avenida Nonoalco como San Juan de Letrán estaban plagadas de carros del ejército y granaderos. El despliegue de fuerzas había sido impresionante.

Un tanto azorados y sin aceptar a comentar nada, caminamos y caminamos sobre la avenida San Juan. Entramos a una farmacia a llamar por teléfono e informarnos sobre nuestra familia, ya que gran parte de ella vive en Tlaltelolco. Nos dijeron que una hermana —que vive en el edificio Chihuahua— y dos hermanos estaban detenidos. A pesar de que la noticia no era buena, al menos supimos que estaban vivos. Seguimos caminando y nos metimos a un café a tomar algo. Desde ahí volvimos a llamar y ya para entonces nos dijeron que todos estaban bien, que habían regresado, que NO HABIA PASADO NADA.





TEATRO

Alejandro Ortiz

ESTA ES LA FAMOSA COMEDIA LLAMADA:

DE COMO A UNOS LUCHADORES SE LES APARECIO LA VIRGEN DE GUADALUPE Y TERMINARON EN LA CARCEL

TAMBIEN LLAMADA:

HASTA EN LAS VIÑAS DEL SEÑOR SE CUECEN HABAS

Paráfrasis libre sobre las aventuras de Santo "El enmascarado de plata"
(Farsa en cuatro cuadros)

CUYO AUTOR ES: ALEJANDRO ORTIZ
(por mal nombre conocido como "Urbano Rural")

PROLOGO

PERSONAJES:

Cuatro Fantomas

Janto

Tigre

Filogonio

Crisogono

Dra. Franfestain

Norma

Ursus

La Voz

Doña Genciana

Bertha

Elvira

Buitre

Tornado

Sedentario

Adonis

Tres Policías

(Aparecen los cuatro Fantomas dos de ellos están ciegos y los otros dos son lazarillo).

4 Fantomas (Cantan a coro)

A toditos los presentes
les venimos a cantar:
La historia de unos valientes,
un par muy a todo dar.
El Janto y Tigre se llaman,
estos héroes nacionales.

El pueblo entero los aclama
por odiar a los truhanes.
Son luchadores muy buenos
de esos que son campeones.
Por su alma todos recemos
y que salgan triunfadores.

A las mujeres bonitas
El Janto no las tolera,
Es que él tiene sus mañitas,
y las viejas. . . pues lo aterran.
Vencerán a los malvados
y a los demonios del mal.

Con la fuerza de sus manos,
con todos acabarán,
Hagan señores apuestas,
la función va a comenzar.
Ya las luces están puestas
sólo queda principiar.

(Salen)

CUADRO I

(Al levantarse el telón se distingue un cuarto de azotea con un catre, sillas, un ropero, un pequeño tocador y un radio).

4 FANTASMAS

(Vestidos ahora con sótanas) Dios te bendiga por siempre/Vencedor de mil combates/Que seas siempre, Janto, fuerte/Y tu victoria nos cantes.)
(Salen).

JANTO

(Está acostado en el catre) ¡Ay! ¡Maldita cabeza, no la soporto!

TIGRE

(Está sentado en una de las sillas leyendo fotonovelas) ¿Quién te manda andar desvelándote. . .?

JANTO

Es que pasé por Norma a su trabajo. . . ¿Y a tí, qué tal te fue anoche. . .?

TIGRE

En la estelar ganaron los Hermanos Godínes.

JANTO

¿Y en el póker, cómo te fue?

TIGRE

(Ofuscado) Perdí.

JANTO

(Se levanta y se dirige al tocador). Ya es hora de levantarse *(se mira detenidamente en el espejo)*, mmmm. . . vamos a ver: ¡Ya me están saliendo canas. . .! Tigre: Traeme el jabón, la toalla y la bandeja con agua.

TIGRE

Ya voy *(sale por las cosas, mientras que Janto enciende el radio)*. Aquí están. . .

JANTO

Gracias. *(Comienza a lavarse la cara mientras que Tigre pone en el radio una radionovela de aventuras).*

JANTO

¿Qué estás oyendo? ¿eh...?

TIGRE

¿No lo oyes...?

JANTO

Cambiale. Quiero oír las noticias.

TIGRE

¿Qué no te gusta...? Si es bien buena. Además este héroe se parece a tí.

JANTO

Es tan sólo un simple personaje de historieta.

TIGRE

¿Y tú quién eres?

JANTO

Pues Janto. ¿Qué no me ves?

TIGRE

Y no me digas que no eres agente secreto y que trabajas para la CIA.

JANTO

Soy campeón mundial en lucha libre... Y ni te burles Tigre, porque tú eres mi pareja.

TIGRE

(Se apaga el radio y baja la intensidad de la luz). ¡Ya nos volvieron a quitar la luz!

JANTO

Se me hace que no pagaste otra vez...

TIGRE

Es que se me acabó el dinero.

JANTO

¿Y los cien pesos que te dí...?

TIGRE

¡Me los gasté en el póker!

JANTO

(Haciendo el ademán de pegarle). A ver, dime ¿Qué voy a hacer contigo?

TIGRE

¡Perdóname ¡Te juro que ya no lo vuelvo a hacer!

JANTO

Está bien. Saca los trajes del ropero. Ya es bien tarde y nosotros ni nos vestimos.

(Vuelve lentamente la luz y aparecen un fantasma de cada lado.)

2 FANTASMAS

Ahora sí, Janto mío/Ya casi llega el momento/Tu pecho se hincha de brío/y tu capa ondea libre al viento.

TIGRE

¿Qué capa vas a usar hoy?

JANTO

La azul rey. Esa me trae buena suerte.

TIGRE

Te espera un día muy duro ¡Campeón!

(El Janto y Tigre se visten rápidamente, se colocan sus máscaras de luchadores. Al final de vestirse, El Tigre le da masaje a los músculos del Janto y parecen listos para entrar en combate.)

4 FANTASMAS

(Entran los dos faltantes). He aquí al Janto, campeón en la arena/Vencedor de los truhanes/El peligro no te apena/ni a ti, a ni a tus canchanchanes.

Guadalupano por excelencia/tu vida llena de sinsabores/Se vengará de los promotores/Y acabará con su existencia.

JANTO

(Jadeante) ¿Todo listo, mi Tigre?

TIGRE

Al centavo, mi jefe. . .

JANTO

Pues: ¡A enfrentarnos al destino! *(Se acuestan los dos en el catre y los fantasmas proceden a cambiar la escenografía sacando el catre con Janto y Tigre arriba).*

CUADRO II

(Laboratorio y sala de torturas de la Dra. Fedra Franfestain. En una mesa hay un cadáver envuelto en una sábana, en otra, aparatos químicos. Al fondo hay cadenas, picos, palas, desarmadores y demás elementos de tortura.)

FILOGONIO

¿Crees que la Dra. pueda aprovechar en algo a esta piltrafa?

CRISOGONO

La Dra. al ser asilada en este país se trajo todos los apuntes y fórmulas de su padre, el famoso Dr. Franfestain, y puedes tener la certeza de que sabrá aprovechar perfectamente cada parte de esta piltrafa; como tú le has llamado. . .

FILOGONIO

¿El famoso Dr. Franfestain? ¿El creador de esa horrenda mujer asesina?

CRISOGONO

Esa heroína asesina es su hija, la Dra. Fedra Franfestain. . . Al recomendarte, Filogonio, con la Dra. no te he dicho muchas cosas referentes a ella. Si te dijera que hace tiempo cumplió los ciento cincuenta años ¿me creerías?

FILOGONIO

¡No puede ser! La Dra. aparenta a lo sumo ¡Cuarenta años! Es algo imposible. . .

CRISOGONO

Aquí, al servicio de la Dra. encontrarás la respuesta a muchas cosas imposibles. Todavía tienes mucho que aprender.

DOCTORA

(Entrando). Decididamente, después de extirparle los ojos al cadáver y trasplantárselos a Ursus, tendrán que secuestrar a Janto. Con sus hormonas masculinas lograré el elixir de la eterna juventud. Las hormonas de otros no me han dado resultados satisfactorios. . .

CRISOGONO

A pesar de lo planeado, no creo que sean tan fácil lograrlo.

DOCTORA

(Irritada). Tampoco era nada fácil sacarte de la prisión, cuando por no controlar tus impulsos causaste la muerte de una joven ¡Oh! ¿Por qué ahora pones en duda el secuestro de Janto?

CRISOGONO

Yo no quise contradecirla, Dra. sólo pensaba que. . .

DOCTORA

¡Aquí nadie piensa nada más que yo! Y la obligación de ustedes es obedecerme. Esta noche, como estaba previsto, se llevará al cabo el plan para secuestrar a Janto. *(Los tres hacen rueda para que la Dra. explique el plan.)*

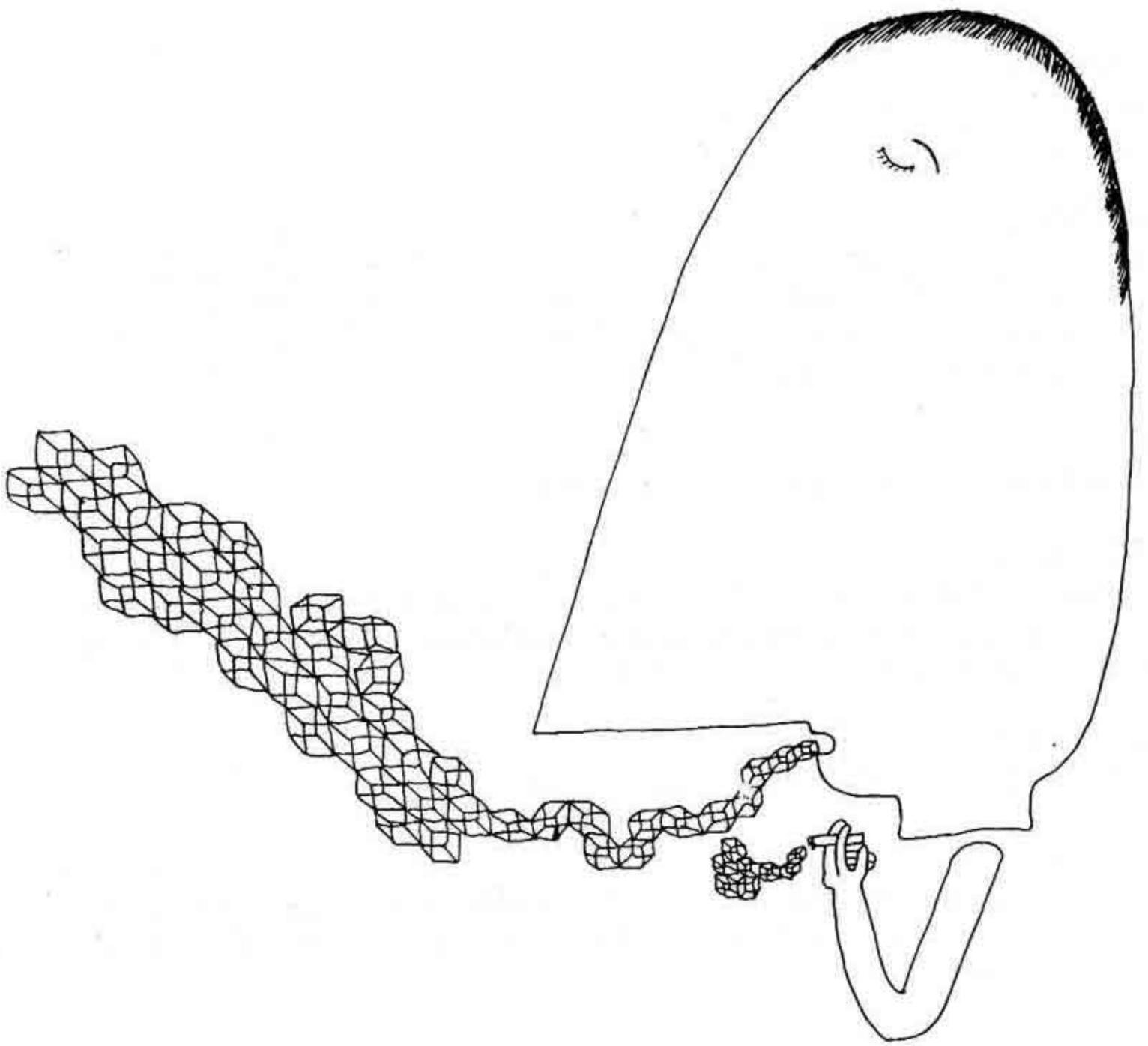
(Salen y aparecen los fantasmas trayendo a Janto encadenado. Uno de ellos se coloca al centro, mientras los demás atan a Janto al fondo.)

4 FANTASMAS

¡Señores y señoras, debemos agradecer la valiosa colaboración de la cerveza "Dodo" *(los demás fantasmas cantan: Yo soy la cerveza que sabe mejor/Yo soy la cerveza con mucho sabor/Empine con gusto y con ganas el codo/y bébase una cerveza marca "Dodo")*, por habernos permitido entrar en sus hogares y presentarles en vivo y a todo color el suceso que conmocionó al mundo libre: El secuestro de Janto por la perversa Dra. Franfestain. Que ustedes lo disfruten. *(Salen los cuatro fantasmas jugando al burro.)*

JANTO

¡Ay, mísero de mí! ¡Ay infelices! ¡Me abrumba mi destino!



CARMENSA.

DOCTORA

(Entrando) ¿Quién iba a pensar que Janto, el famoso luchador, acabaría encadenado a merced de la Dra. Fedra Franfestain.

JANTO

Ni que yo tuviera la oportunidad de conocerla a usted personalmente a solas y en esta mazmorra.

DOCTORA

Con tus hormonas y mi fórmula te haría eternamente joven como yo.

JANTO

No creo estar tan viejo y. . .

DOCTORA

¡Los dos disfrutaremos de una eterna juventud y algo más. . .!

JANTO

No puedo, ya estoy comprometido.

DOCTORA

¿Sabes acaso lo mucho que me gustas? *(Se le cuelga provocativamente mostrándole algunos de sus encantos.)*

JANTO

(Al público) ¡Uf, qué asco!. . . es un fraude. *(A la Dra.)*. Nunca podré hacer amistad con una víbora. Acabaría por clavarme tu ponzoña.

DOCTORA

(Retorciéndose). Te arrepentirás de lo que has dicho. Te quitaré la máscara y veré que belleza escondes. *(Pausa en la que Janto se queda helado de pavor y la Dra. está a punto de quitarle la máscara, cuando aparecen los fantasmas haciendo como apaches y colocan un biombo que cubre la acción. Se ve caer la máscara y la Dra. grita.)*

DOCTORA

¡Tienes acné juvenil!. . . lástima de cuerpo *(recoge la máscara y se la vuelve a colocar)*. Pero de todas formas tienes que ser mío y beberás conmigo el elixir de la eterna juventud. Te encerraré en mi "suite" junto con Ursus. Veremos cuánto dura tu arrogancia. *(Salen los fantasmas y la Dra. al verse observada por el público sale avergonzada.)*

JANTO

¡Vaya lío en el que me he metido! *(busca entre el público a Norma y la llama)*. ¡Ah! ahí estás sentada. Ven. . . ayúdame. . . ¡Sí tú, ayúdame!

NORMA

(Extrañada) ¿Yo?

JANTO

Pues quién más. . . sube a desatarme. ¡Apúrate, Norma!

Norma temerosa

sube al escenario. Su aspecto es el de una "vedette"; trae también una bolsa en la que trae cosméticos, los saca y empieza a pinturrajearse.)

NORMA

(Mientras se mira en su espejo) ¿Te gustó la nueva coreografía que me pusieron? ¿Verdad que es muy exótica?

JANTO

(Desesperado). Sí, claro que me gustó ¡Pero desátame ya!

NORMA

(Despreocupada). Hoy no pases por mí. Tengo un ligue con un político que le gusté.

JANTO

Sí, como tú quieras. Pero apúrate a desatarme ¡Qué me estoy orinando! *(Norma lo desata.)*

NORMA

Me choca que seas tan desesperado. *(Salen corriendo.)*

FANTASMA 4

(Entra solo) ¡No se levanten de sus asientos! A continuación presentaremos el terrible desenlace de este suceso, que pone al descubierto los más íntimos intereses de la maléfica Dra. Fedra Franfestain.

(Aparecen los demás fantasmas cargando a Norma. La encadenan y salen los cuatro fantasmas.)

DOCTORA

(Entra seguida de Filogonio). La chica fue la causante de la muerte de Ursus, al propiciar la huída de Janto. Mi tesis de doctorado en Cambridge acerca de la regeneración de los tejidos se vino abajo por su culpa. En castigo comenzaré extirpándole los ojos a la chica y llenándole las órbitas con pan molido y ácido sulfúrico. Su dolor pagará en parte el horrible suicidio de Ursus que se ensartó en el asta bandera de la embajada.

FILOGONIO

Sin duda debió haber sufrido mucho al saber que Janto se había escapado. Pero aún nos queda la esperanza de que lo haya recogido la ambulancia de la Cruz Roja que llamé y que le hayan salvado la vida.

DOCTORA

¡Que San Antonio milagroso, escuche tus palabras! *(Se oyen pasos y golpes afuera)*. Ve a ver qué pasa, seguramente es Crisogono trayendo al perdido de Janto. *(Filogonio sale y regresa arrastrando el cadáver de Crisogono. Entra corriendo Janto y pelea con Filogonio.)*

DOCTORA

Histérica) ¿Acaba con él, Filogonio! ¡Y tendrán todo lo que has deseado tener en tu vida! ¡Hasta mi amor!

(Entran los fantasmas y se colocan dos en cada extremo. Unos dan consejos a Janto y otros a Filogonio.)

DOCTORA

(Al ver perdida la batalla) ¡Quieto, Janto! ¡O no reconocerás el rostro de

la muchacha! *(Tomando una botella de ácido de la mesa).* Es ácido sulfúrico. Una duda o un paso más y la siguiente vez lo vertiré sobre su rostro. *(Cuando está a punto de tirarle el líquido a Norma, aparece Ursus cubierto de heridas y con un pedazo de asta bandera atravesado en el pecho.)*

DOCTORA
¡Atácalo Ursus!

JANTO
¡Ursus, atácala!

DOCTORA
¡A él! *(Ursus no sabe a quién dirigirse.)*

JANTO
¡A ella!

DOCTORA
¡Acaba con Janto, Lucifer te envió aquí para eso!

JANTO
¡Atácala Ursusito! ¡Ella es la culpable de tu horrible vida de burócrata! *(Ursus, después de varios gruñidos y de rascarse la cabeza, decide atacar a la Dra.)*

DOCTORA
¡Apártate, bestia del Averno! ¡Es a Janto a quien debes de atacar, no a mí! ¿No me obedeces? ¡No, no lo creo, debe ser una de tus simpáticas bromitas! ¡A él! ¿Por qué a mí? *(Ursus, dándole un brusco apretón, termina besándola apasionadamente. La Dra. se desvanece y cae víctima de los efectos del beso de Ursus.)*

DOCTORA
¿Por qué a mí y no a él? ¡Uuuugh! *(Muere y Janto se apresura a desatar a Norma.)*

NORMA
Creo que en una de sus bolsas trae la fórmula maldita.

JANTO
¡Vámonos de aquí! Son puros cuentos los de la fórmula secreta.

NORMA
¿Cómo?

JANTO
Después te lo cuento todo. . . Tigre nos espera allá afuera. *(Salen rápidamente y Ursus queda solo en escena. Sale entre el público gruñendo espantosamente hasta desaparecer.)*

CUADRO III

(Aparecen los fantasmas 1 y 2, cambian la escenografía, mientras que 3 y 4 comentan la acción.)

FANTASMA 4

¡Ay mamacita! ¡Qué monstruo tan feo!

FANTASMA 3

Sí, manito. ¡Uy, qué miedo me dá!

FANTASMA 4

Oye, tú. . .

FANTASMA 3

¿Qué, tú?

FANTASMA 4

¿Y no regresará aquél, tú?

FANTASMA 3

Pues yo creo que. . . ¡Quién sabe manito!

FANTASMA 4

No le hagas manito. Con eso de que le da por besuquear al que se encuentre. . . No, pues yo mejor me voy con mi mamá.

FANTASMA 3

¡Usted no se va de aquí! ¡Cómo está eso de que se quiere ir a media función? No, eso sí que no se va a poder. Usted tiene un deber que cumplir con la Patria.

FANTASMA 4

¡Bájale! Ya hasta te pareces al Janto: regañe y regañe todo el día ¡Bah!

(Al terminar de cambiar la escenografía, los cuatro fantasmas cantan su canción).

4 FANTASMAS

El Janto ya se cansó,
de este relajo ingrato
Y en su esquina se sentó,
para reposar un rato.
Ahora nosotros venimos
a decirle la verdad:
Janto y Tigre están solos
y no pueden con el rival.
Necesitan una ayuda
que los haga despertar
de esta enorme pesadilla
que es su triste realidad.
Ellos suspiran y lloran
por su suerte tan fatal:
ninguno tiene ya chamba
ni dinero en su huacal.
Por eso sueñan creyendo
que la gloria han de alcanzar;
pero ya van descubriendo

que su sueño no es verdad.
Ahora ya nos callamos
pues el Tigre viene ya.
Aquí todos esperamos
que los héroes triunfarán.

(Salen)

VOZ

¡Tigre, Tigrín, Tigrón, con el chibiribirín, Bombóm!

TIGRE

(Entrando) ¿Quién es usted? ¡Hable! ¿Qué es lo que quieren de este pobre infeliz, sin trabajo y casi muerto de hambre?

VOZ

Mi nombre es. . . (Los fantasmas aparecen rápidamente y gritan para que no se escuche el nombre.)

TIGRE

¿Qué? No le oí nadita ¿Cómo dijo que se llamaba?

VOZ

Dije que mi nombre es. . . (Idem.)

TIGRE

Está bien, no me lo diga, pero dígame: ¿Qué hago aquí, en este lugar tan solito?

VOZ

Te hemos traído aquí porque tú y tu compañero serán castigados por haber estado oponiéndose a mi planes.

TIGRE

Pero si nosotros sólo andamos buscando trabajo.

VOZ

Ustedes lo que buscan es la recompensa que da la policía ¿no es verdad?

TIGRE

Bueno, sí. . . Janto y yo andamos un poco escasos de recursos y pensamos que sería fácil ganarnos la recompensa.

VOZ

Pues ya te has dado cuenta que no era nada fácil.

TIGRE

Sí, así parece. Pero, dígame ¿qué piensa hacer conmigo?

VOZ

La hora de tu muerte no ha llegado todavía.

TIGRE

(Aliviado) ¡Ah, que bueno!

VOZ

En las leyes que rigen nuestra estirpe, no existe el perdón, así es que de todas maneras serás condenado a muerte.

TIGRE

¡No! ¡Yo no quiero morir, Virgencita chula, ayúdame! (*Escapa.*)

VOZ

¡Guardias! ¡Guardias!

(*Aparecen dos fantasmas*)

2 FANTASMAS

A sus órdenes jefe.

VOZ

Uno de ustedes recibió la orden de vigilar al mequetrefe ese del Tigre y anoche dí la orden de traer al otro enmascarado conocido como Janto. Ninguna de las dos órdenes fue cumplida: Tigre se ha escapado y Janto no está aquí. ¡Vayan a buscarlos de inmediato, si no quieren que mi furia se desate.

2 FANTASMAS

Correcto, a la orden. (*Salen corriendo y entran los otros dos fantasmas con un altar que colocan al centro.*)

(*Entran Doña Genciana, vestida de negro con un manojo de yerbas con las que se pega en la espalda.*)

GENCIANA

¡Huacorún, Huacurún! ¡Con tu signo yo te invoco, espíritu de las tinieblas! ¡Príncipe de las profundidades, otórgame de nuevo tus poderes y tu protección para aniquilar a nuestros enemigos.

VOZ

¡No, no y no! Fallaste una vez y ahora yo me encargaré personalmente de acabar con Janto y Tigre.

GENCIANA

No volveré a fallar, os lo prometo. (*Silencio. Al ver que la Voz no le contesta se va a su izquierda y habla al público.*)

GENCIANA

¡Se ha ido. Sólo queda recurrir a ustedes: Hace una eternidad que conquisté vuestras almas ¡ahora es el momento de que entren en acción! ¡Salid de vuestras tumbas! ¡Encuentren a ese canalla de Janto y díganle que deseo hablar con él! ¡Os lo ruego en nombre de... (*Se asoman de nuevo los fantasmas e impiden de nuevo que se conozca el nombre de la voz.*)

(*Aparece un fantasma con una cruz en la mano y azuza a Doña Genciana para que retroceda. La escena transcurre siempre del lado izquierdo.*)

FANTASMA 1

¡VADE RETRO BESTIA SATANICA! ¡VADE RETRO! ¡VADE RETRO!



LA MOURGON

JANTO

(Entra por la izquierda). Es la última vez que acudo a vuestro llamado Genciana ¿Qué queréis ahora de mí?

GENCIANA

¡Lo sabéis de sobra! Mi señor quiere que ingreses con el Tigre a nuestra organización, os ofrezco riquezas y todos los placeres del mundo!

JANTO

No me interesan.

GENCIANA

¿Tampoco os interesa el poder?

JANTO

Tal vez. . .

GENCIANA

Decidme ¿lo deseáis?

JANTO

No lo sé. . .

GENCIANA

El espíritu de las Tinieblas os concederá cuanto queráis.

JANTO

¿Y qué puesto accederá a darme vuestro señor?

GENCIANA

Es posible que os dé el Ministerio de Cultura y Recreación.

JANTO

Si me diese la comisión de honor y tortura en la santísima Inquisición, me daría por bien servido.

GENCIANA

Bien sabéis que ese puesto está apartado para un compadre de mi Señor.

(Aparece un fantasma poniendo una roca grande del lado derecho a la que llega a esconderse el Tigre.)

JANTO

Entonces, mucho me temo que no habrá ningún trato. Hasta la vista Doña Genciana.

GENCIANA

Pero podríamos llegar a un acuerdo conciliatorio ¿no os parece?

JANTO

No encuentro la manera, en verdad.

GENCIANA

(Provocadora). Pero qué tontuelo sois, mi bellaquín. *(Toma a Janto por*

el cuello y Janto carraspea, pero se deja llevar). Paréceme que ya no os acordáis de viejos tiempos. (Se escucha una chicharra.)

JANTO

No lo toméis a mal, pero mi radio-reloj está sonando. *(Janto y Tigre hablan por el radio-reloj desde el lugar en que se encuentran.)*

JANTO

¡Tigre! ¡Tigre! ¿Me llamaste? ¡Contesta!

TIGRE

¡Janto! ¡Qué bueno que contestas!

JANTO

¿Dónde estás?

TIGRE

Junto a una roca.

GENCIANA

(Al público). Todos los hombres son iguales. . . siempre prefieren a sus amigos ¡Bah! (Sale.)

JANTO

¿Qué te sucede, te encuentras bien?

TIGRE

Es necesario que vengas inmediatamente. . . creo que detrás de esto se oculta algo sobrenatural, terrible y espantoso.

JANTO

Eso mismo creo yo.

TIGRE

Yo pienso que este es el gran momento que esperábamos ¡El momento de entrar en acción. *(Aparece un fantasma con un garrote detrás de Tigre).* Estoy en una caverna que conduc. . . *(El fantasma lo golpea en la cabeza y Tigre cae inconciente.)*

TIGRE

¡Ay, mamá!

JANTO

¡Bueno, Tigre! ¡Contesta! ¿Qué te sucede? ¡Habla, por favor! *(Suena una alarma que paraliza al Janto.)*

VOZ

¡Alerta todo el mundo! ¡El ayudante de Janto ha sido atrapado. Y Janto se encuentra en la galería. ¡Atrápenlo! ¡Que no escape! *(Entran los otros tres fantasmas por la izquierda y toman a Janto por sorpresa.)*

JANTO

¡Ay, canijos. . . nomás no peguen tan duro!

FANTASMA 1

Pues estése quieto entonces.

(Janto y Tigre son amarrados respectivamente.)

VOZ

Así te quería ver: ¡Vencido y a mis pies!

JANTO

¿Dónde está el Tigre? ¿Lo han matado?

VOZ

Ya lo traen también.

(El fantasma trae al Tigre.)

TIGRE

Ahora sí, Janto, no hay manera de escapar. Nos han tomado por sorpresa, y creo que esta vez nos va ir bien feo.

VOZ

¡Muy bien dicho, mi buen amigo Tigre! Porque de esta no se escapan ¡Grandísimos imbéciles! *(A los fantasmas)*. Muy buen trabajo, mis muchachitos. ¡Hasta que hacen bien las cosas, se han sacado la espina!

JANTO

¿Qué sucederá con nosotros. . . cuál va a ser nuestro futuro?

VOZ

¡Ustedes no tendrán ningún futuro! *(A los fantasmas)*. Desnúdenlos y échenlos vivos al foso de los caimanes.

4 FANTASMAS

(A coro). Como usted mande, Patrón. *(Salen por la derecha con Janto y Tigre.)*

(Permanece un momento vacía la escena y regresan los fantasmas a cambiar la escenografía.)

4 FANTASMAS

4 FANTASMAS

(Cantando plañideramente).

¡Pobrecito Janto!
¡Pobrecito Tigre!
Su final nos causa espanto.
¡Dios del infierno los libre!
Ahora sólo nos queda
cambiar la escenografía.

Para que la escena que venga
no quede tan sola y fría.

¿Cómo librar de la muerte
a nuestros héroes queridos?
dejémoslos a su suerte
y que sean favorecidos.

(Dos fantasmas salen, mientras los otros terminan su trabajo. Al poco tiempo regresan contentísimos y continúan la canción alegremente.)

2 FANTASMAS

Quien crea que Janto murió,
que se ponga muy alerta.
Pues el héroe revivió
con una estupenda treta.
Nadie sabe, nadie supo
cómo ellos lo han logrado.

Este es un moderno truco
que el Tigre ha fabricado!
No se vayan todavía
y esperen en sus asientos.
Que el final de esta comedia
poco a poco se aproxima.

(Salen)

CUADRO IV

(El mismo cuarto del primer cuadro. Se oye llegar a Janto y a Tigre. Se les oye decir: "Ora, saca las llaves"; "Ya voy, ya voy".)

TIGRE

(Entrando). ¡Uf, qué calor está haciendo!

JANTO

(También entrando). Y en el metro no nos dejaban, dizque porque espantábamos a los niños.)

TIGRE

¡Salvadota que nos dimos en casa de ese tipo! De no haber sido por la credencial que traía, ya no estuviéramos contándolo. . .

JANTO

Oye ¿Y de dónde sacaste esa credencial?

TIGRE

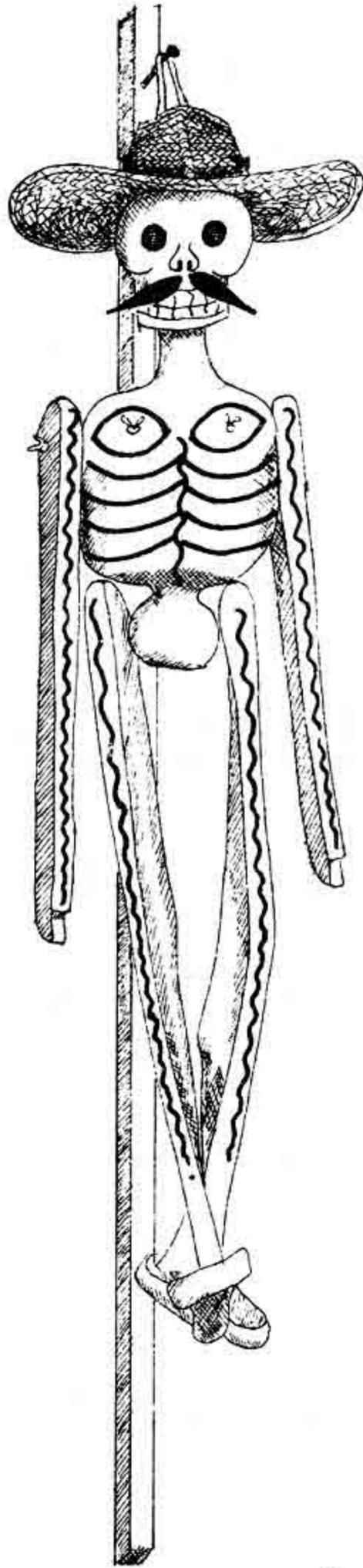
Me la dió mi padrino que trabaja en la policía judicial. *(Llaman a la puerta.)*

JANTO

¿Quién?

BERTHA

(Desde afuera). ¿Janto?



CHAROLAIS-75

JANTO

(*Al Tigre*). ¿Quién será?

TIGRE

Yo abro.

BERTHA

(*Entrando junto con Elvira*). Servicio Secreto.

TIGRE

(*A Janto*). ¡Mujeres policías!

ELVIRA

¿Sí éte parece extraño?

TIGRE

Sólo su presencia en este lugar.

BERTHA

(*Con mucho mundo*). Yo soy Bertha y ella Elvira. (*Janto y Tigre se miran interrogativamente*). Estamos investigando los crímenes y fraudes de un funcionario del gobierno que se llama. . . (*Aparecen los fantasmas haciendo el ruido de siempre.*)

JANTO

(*Tragando saliva*). ¡Ah, sí! parece que lo hemos oído nombrar ¿verdad Tigre?

TIGRE

(*Asiente con la cabeza asombrado.*)

ELVIRA

Pues nosotras fuimos comisionadas para esclarecer ciertos crímenes del funcionario.

JANTO

Pero, no entiendo. . . ¿Ustedes han venido a buscarme a mí?

ELVIRA

Sentimos ser portadoras de malas noticias.

JANTO

¿De qué se trata?

BERTHA

Genciana Dueñas.

TIGRE

No entiendo nada.

BERTHA

Ella tenía en su agenda el nombre y la dirección de ustedes.

JANTO

¿Y...?

ELVIRA

Fué asesinada.

JANTO

¿Por quién?

BERTHA

Todo parece indicar que fue ese satánico sujeto.

TIGRE

(*Muerto del miedo*). ¡Andale!

JANTO

Pues nosotros no tenemos nada que ver con ese crimen (*corriéndolas*).
Buenas noches, señoritas.

ELVIRA

(*Coquetísima*). ¡Uy, que serio! Siquiera invitarnos algo.

TIGRE

(*Entusiasmado*). ¡Sí, Janto! Hace mucho tiempo que no nos divertimos con unas muchachas. A la única que vemos es a Norma, y eso. . . de vez en cuando.

JANTO

(*Muy serio*). Dije Buenas noches, ¡Tigre!

TIGRE

¿Qué?

JANTO

¡Acompáñalas a la puerta!

BERTHA

No hace falta (*A Elvira*). Vámonos chulis, aquí apestamos. (*Salen muy desairadas.*)

TIGRE

¡Pero Janto, las dejaste ir!

JANTO

Sí, para qué las queremos, si tú y yo la pasamos bien. Además no tenemos ni qué invitarles. (*Silencio.*) ¡Qué mala suerte!

TIGRE

¿Por qué?

JANTO

Esa tal Genciana Dueñas me iba a dar chamba.

TIGRE

¿Y dónde?

JANTO

En el gobierno.

TIGRE

Pues ni modo. Este año no nos iremos de vacaciones a Acapulco.

JANTO

(Bromeando). Sólo nos queda una cosa. . . ¡Esperar un milagro!

TIGRE

(Entusiasmado). ¡Deveras. . . vamos a intentarlo! *(Corre hacia el ropero y saca una ilustración de la virgen de Guadalupe)*. ¡Ay, aquí estás, virgencita chula.

JANTO

¡Ponla sobre la silla. *(El Tigre la pone sobre la silla y se hincan los dos frente a la imagen.)*

JANTO

Y TIGRE

(Rezan un "Ave María") ¡Virgencita de Guadalupe, tú que eres buena, tú que eres nuestra patrona, apiádate de nosotros y socórrenos! ¡Concédenos la gracia de un favor tuyo! ¡Ten misericordia de estos pobres luchadores! ¡Danos dinero para irnos a Acapulco! ¡Andale, Andale, virgencita, no seas mala! Si nos concedes el favor, te prometemos una peregrinación anual a tu Basílica! ¡Iremos todos los luchadores y boxeadores del país! ¿Qué son para tí unos cuantos miles de pesitos? ¡Orale virgencita, santa y pura! ¿Qué te cuesta?

(Vuelven a rezar un "Ave María" y no se dan cuenta que aparece la virgen de Guadalupe en persona. Ella los mira sonriente y espera que ellos la descubran.)

TIGRE

(Notando la presencia). ¡Ay, en la madre!

JANTO

(Abrazando al Tigre). ¡Ay, Tigrito ¿Qué hicimos?

VIRGEN

No teman hijos míos, he venido a complaceros. *(Los fantasmas, que fueron quienes trajeron cargando a la virgen, se han colocado a los lados de ella tomando posiciones de angelitos.)*

TIGRE

(Abrazándola de los pies). ¡Virgencita!

JANTO

(Idem). ¡Qué buena has sido con nosotros! ¿Nos vas a ayudar?

VIRGEN

Así es, hijos míos. . . Vuestra fe y voluntad han conmovido mi alma y estoy dispuesta a favoreceros como ustedes deseen.

JANTO

¿Pero como vamos a pagarte este gran favor?

VIRGEN

Ustedes me han prometido una peregrinación anual de boxeadores y luchadores, con los que quedo realmente complacida al saber que cada año irán a visitarme boxeadores famosos y tal vez uno que otro campeón mundial. Eso es suficiente hijos míos.

TIGRE

(*Chillando*) ¡Virgencita de Guadalupe!

JANTO

No puedo contenerme yo tampoco. (*Chilla también.*)

VIRGEN

¿Pero por qué lloran, que no les da gusto que baje a visitarlos? ¿No se sienten felices acaso?

TIGRE

Tienes razón virgencita, ya no vamos a llorar ¿verdad Janto?

JANTO

(*Sorbiendose los mocos*). No, ya no.

VIRGEN

Pues bien, hijos míos: Díganme cuánto dinero es el que necesitan. (*Saca de sus bolsas fajos de billetes del "Banco de la Ilusión".*)

TIGRE

(*A Janto*) ¿Cómo cuánto crees tú?

JANTO

Pues calculando los pasajes, el hotel, las comidas y diversiones. Aparte gastos extras, más viáticos y un dinero extra para ir la pasando. . . Han de ser como unos veinte mil pesos para cada quien.

VIRGEN

A ver, vamos a ver. (*Cuenta el dinero*). Mil, dos mil, tres mil, seis mil, ocho mil, ocho mil quinientos, quince mil, veinte mil, treinta mil, treinta mil ochocientos, y con estos doscientos son cuarenta mil (*mientras termina de contar, se caen varios billetes al suelo*). ¡Ay, se me cayeron unos billetes! (*Janto y Tigre intentan recogerlos*). Quédense con ellos mis muchachitos. Que sean de pilón. Y aquí están cuarenta mil pesos: Veinte y veinte para cada uno.

TIGRE

(*Recibiendo el dinero*). Ahora sí, Janto, la vamos a pasar en grande.

VIRGEN

Bueno, hijos queridos, pues los dejo ya. Espero que no olviden la promesa que me hicieron. Y no se preocupen por la relación ilícita que llevan ustedes dos. En el cielo estamos enterados. . . Y yo, como sé que son tan buenos, la veo con beneplácito.

JANTO

¡Virgencita de mi vida! Esto último que acabas de decir colma nuestra dicha.

VIRGEN

¡Hasta pronto, hijos de mi alma! (*Yéndose cargada por los fantasmas.*)

TIGRE

Hasta pronto virgencita, Adios.

JANTO

Adiós. (*Pausa en la que Janto y Tigre quedan pasmados; por fin Janto se dispone a hablar.*)

JANTO

¡Estamos salvados, Tigre! ¡La virgencita ve con buenos ojos nuestro amor. . . !

TIGRE

Siempre esperé que algo así nos sucediera para ya no tener que escondernos de la gente. (*A partir de este momento, Janto y Tigre se deschongan y se convierten en verdaderas "locas".*)

JANTO

Venga un abrazo y un beso Tigrito de mi alma. . . ¡Esto hay que celebrarlo! (*Se abrazan y Janto saca una botella de champaña del ropero*). Llama por el radio-reloj a Sedentario y a Adonis; también llamas al Buitre y al Tomado. Diles que vengan de inmediato, porque nos vamos a casar, y ellos van a ser nuestras madrinas de bodas.

(*Janto comienza a despejar y a barrer el cuarto. Saca copas y canturrea alegremente la canción que han estado cantando los fantasmas. Mientras tanto el Tigre se comunica con los otros luchadores.*)

TIGRE

(*Por el radio-reloj*). ¿Quién habla? ¿Sedentario? Dice Janto que vengan pronto porque nos vamos a casar. . . Sí, 'orita que lleguen les contamos todo . . . Apúrense.

¿Con quién hablo? ¡Ah, hola buitrín querido! Tenemos una sorpresa en nuestro cuarto !Suban corriendo!

JANTO

(*Poniendo la champaña en una cubeta*). Hasta que por fin voy a poder destapar esta botella. En mi vida he probado la champaña; ¿Y tú, mi tigruchis, la has probado?

TIGRE

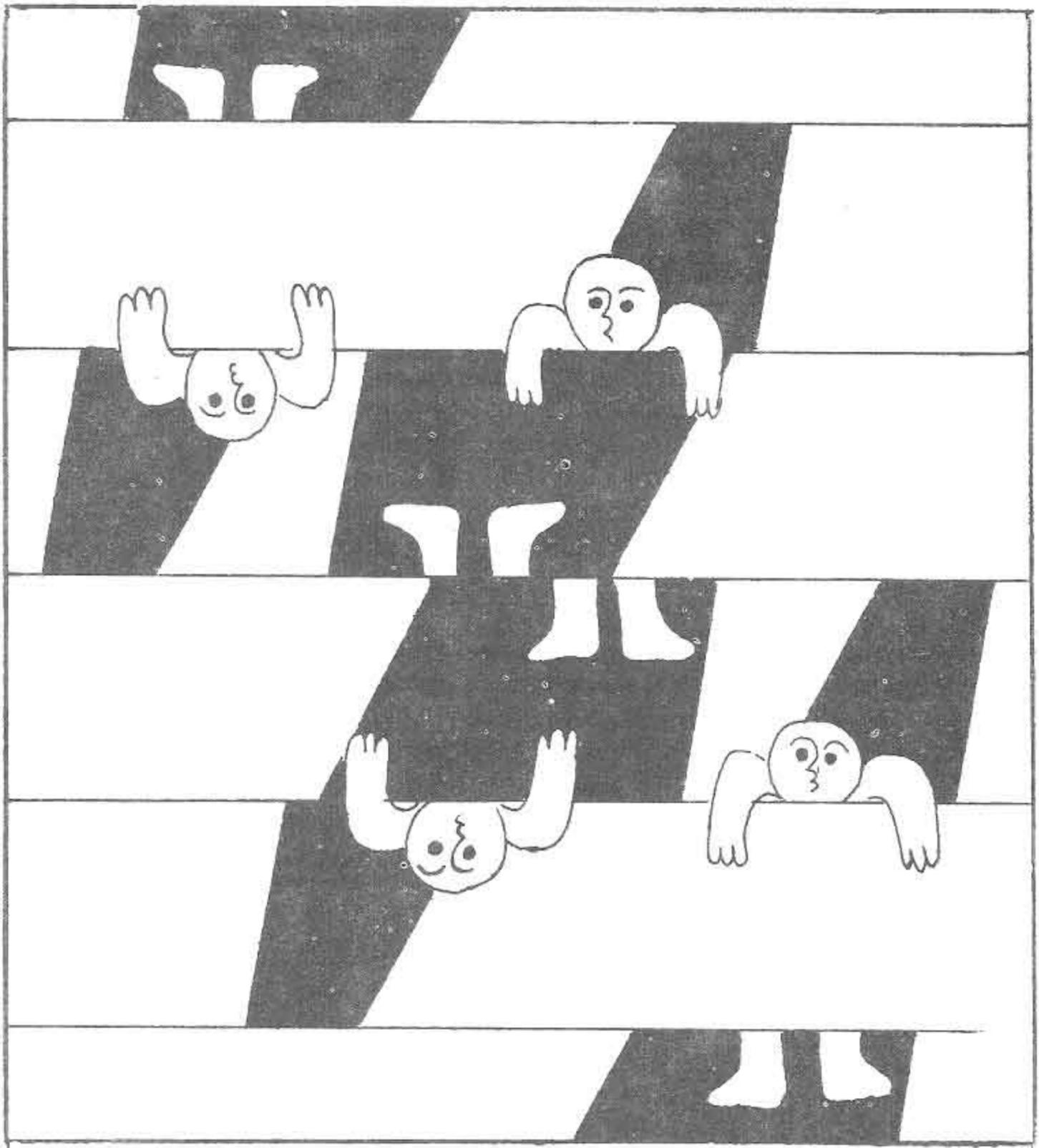
En los quince años de mi hermana, me tocó una probada; pero la verdad es que ya ni me acuerdo a qué sabe.

JANTO

¡Ay, me siento bien emocionada! Ve a ver si ya llegan estas mensas. (*En ese momento tocan a la puerta. Tigre corre a abrir.*)

TIGRE

(*Tomándoles de las manos*). ¡Pásenle muchachas, ahorita Janto les expli-



CAROLIA

ca la sorpresa. *(Entran el Buitre y Tornado, vestidos también de luchadores.)*

TORNADO

¡Mira, tú! ¡Si hasta champaña tienen!

JANTO

La cosa es muy sencilla amigas: La virgen de Guadalupe se nos apareció y nos da permiso de casarnos.

BUITRE

¿Lo dices en serio? ¡No te lo puedo creer!

TIGRE

Así es, sólo falta que lleguen Sedentario y la loca de Adonis, para que formalicemos nuestra relación.

TORNADO

Presiento que esta noche la vamos a pasar como nunca.

BUITRE

¿Y adónde piensan irse de luna de miel?

JANTO

A Acapulco querido.

(Tocan la puerta.)

TIGRE

(Abriendo la puerta.) ¡Ya llegaron! Pásenle a lo barrido ¡Ahora sí, estamos las seis reunidas!

SEDENTARIO

¡Que gusto me da verlas a todas!. . . ¡la última vez que nos juntamos fue en aquellos baños del Centro, ¿se acuerdan?

TORNADO

¡Cómo vamos a olvidarnos, si ese día el Buitre le entró al movimiento!

ADONIS

¡Ya basta de besos y pláticas! ¡Destápate la champaña Jantín y al calor de las copas nos barajan eso de la boda!

BUITRE

¡Buena idea! ¡Destapa la botella Janto!

JANTO

¡Como gusten (cuando está a punto de destapar la botella se oye que dicen afuera "Aquí se metieron", "Estoy seguro", "Abran la puerta". Todos los luchadores se paralizan de espanto y finalmente rompen la puerta y entran tres policías con mano armada, junto con Bertha y Elvira.)

BERTHA

¡Mira nada más, Elvira! Con razón no nos invitaron nada; si ya tenían preparada su liestecita con esta bola de "Mujercitos".

(Alguien intenta levantarse y los policías los detienen rápidamente.)

ELVIRA

¡Quietos todos! ¡Están arrestados!

JANTO

¿Por qué, si no hemos hecho nada malo?

BERTHA

Veníamos siguiendo la pista a estos dos (*señala a Adonis y a Buitre*). Estaban escandalizando en la vía pública y como vinieron a refugiarse a este cuarto, es seguro que todos ustedes sean sus cómplices.

TIGRE

¡A nosotros nos hacen los mandados! ¡Miren! (*Les muestra a Elvira y a Martha su credencial.*)

ELVIRA

¡Tu credencial nos hace los mandados! ¡Todos ustedes están arrestados por faltas a la moral y por alterar el orden público! Y ya veremos qué cargos más les aumentamos.

BUITRE

Te lo dije Adonis, que te estuvieras quieto, que nos podrían ver. ¡Mira nada más en el lío que nos hemos metido!

BERTHA

Esa declaración los delata. (*Entra Norma corriendo y pegando de gritos. Su aspecto es lastimoso: desgredada, enlodada, etc.*)

NORMA

¡Janto, Tigre, ayúdenme. El tipo con el que salí anoche es un sádico y me quiere dar de latigazos. ¡Ay, pero si están todas reunidas! ¿Y estas muchachas quiénes son; no son del grupo verdad?

TIGRE

Son policías, Normita. Nos ha agarrado la "Razzia".

(*Desde aquí, hasta el final, todo es cantado.*)

NORMA

Qué pasa Janto, ¿qué sucede?

JANTO

Que nos han agarrado
en toda la movida

NORMA

y a todos nos han fregado
¡Ay, qué dolor, ay que espanto!
Esto no lo puedo creer:

POLICIAS

Mis amigas en un arresto,
¡Qué bajo van a caer!
Ya no hay tiempo que perder,
vámonos todos al "tambo";
y junto con esta mujer (*jalan a Norma*)
Que también es de este bando.

NORMA

¡Ay, qué dolor! ¡Ay qué espanto!
no tengo nada qué ver

LUCHADORES

con esto que se me achaca
Así que suélteme usted.
¡Qué no se la lleven! ¡No!

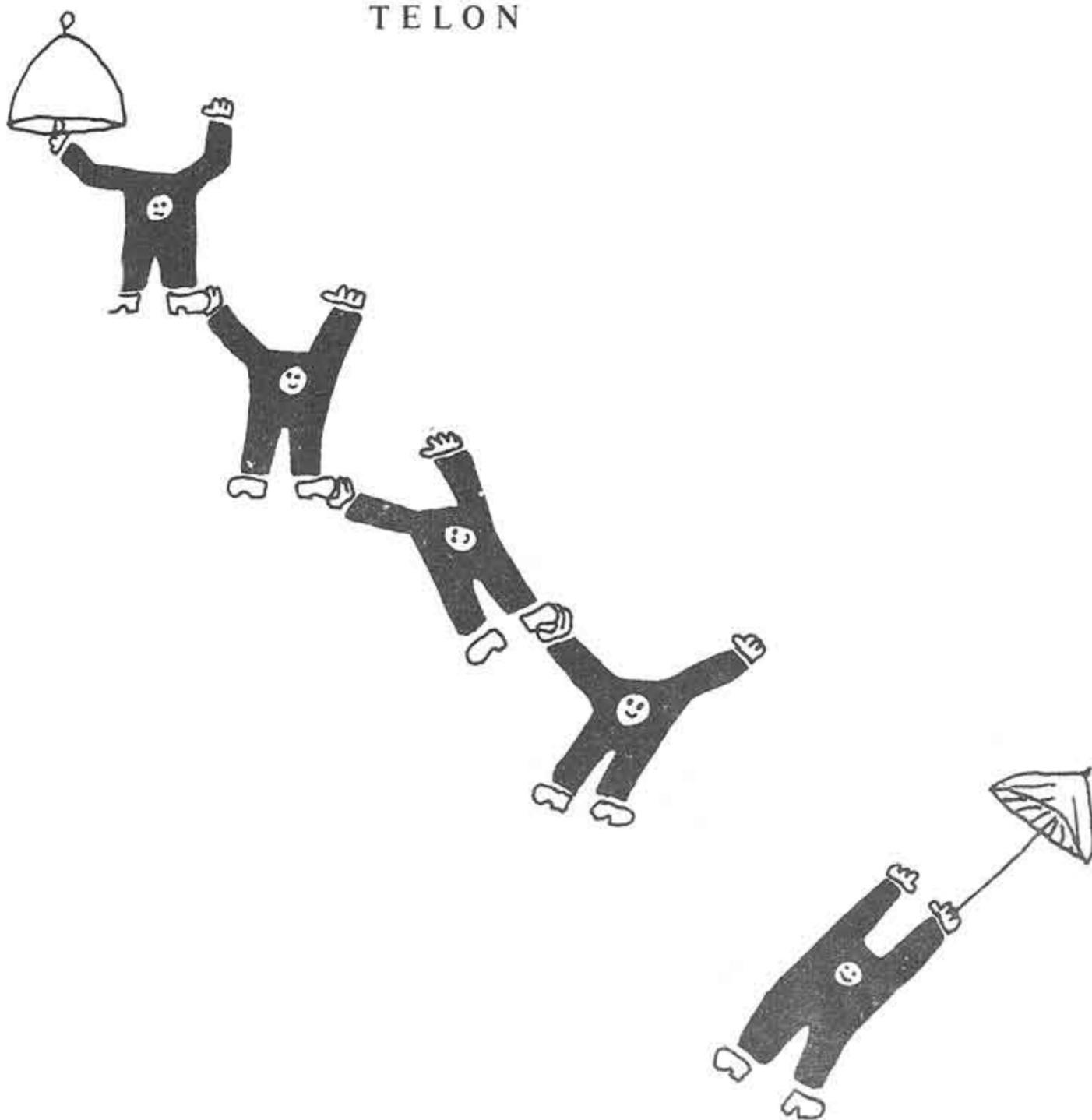
POLICIAS

Pues ella es inocente.
¿Si solo porque llegó?
a esta casa de repente?
Ya conocemos el truco
de la mujer inocente
Sabemos que es un recurso
para esconderse a la gente.
Así es que vamos maricas
derecho a la Delegación.
Y ninguno nos replique
o le damos un trompón.

BUITRE,
TORNADO,
4 FANTASMAS,
SEDENTARIO
Y ADONIS

La historia ya se termina
con este gran alegato.
Janto y Tigre en Bartolina.
hasta que pasen un buen rato.
Señores, sólo nos queda
quitarnos este disfráz (*se quitan las máscaras*)
para acabar la comedia
y ya decirles: ¡TAN / TAN!

TELON



vivi
 mos a su
 eldo de hambre.
 Vivimos a sueldo de
 hambre. Vivimos
 a sueldo
 de ham
 bre. Vi
 imos a sue
 do de hambre. V
 ivimos a sueldo de
 hambre. Vivimos a su
 eldo de hambre. Vivir
 nos a sueldo de hambre. V
 ivimos a sueldo de hambre. V
 vivir nos a sueldo de har
 mbre. Vivimos a s
 ueldo de hambre. V
 mos a sueldo d
 hambre. Vivimo s
 a sueldo de hamb
 re. Vivimos a sueldo
 de hambre. Vivimos c
 sueldo de hambre. Vivi
 mos a sueldo de hamb
 e. Vivimos a sueldo de
 hambre. Vivimos a sueldo de
 sueldo de ha
 mbre. Vivimos a su
 eldo de hambre. V
 ivimos a sueld
 o de hambre. V
 Vivimos a suel
 do de hamb
 re. Vi
 vi

CAMPESINO

LO QUE CADA UNO TRAE

(Original de Enrique Sandoval)

(Acto Unico)

Para H. A.

PERSONAJES:

Hombre 1

Hombre 2

Banquero 1

Banquero 2

Una habitación con ventana al fondo y puerta a la izquierda. Por el lado derecho, una cama en donde está escondido el Hombre 1. Afuera se escuchan detonaciones de metralletas y bombas que explotan. Entra corriendo Hombre 2, trayendo una bolsa de lona en la mano. Se mete de prisa debajo de la cama, quedando frente al Hombre 1. En la calle, han cesado los tiros y las explosiones, entonces el Hombre 1 y Hombre 2 se aventuran a asomarse por el borde de la cama. Visten miserablemente.

HOMBRE 1

(Reconociendo al Hombre 2) ¡Distinguido Señor Secretario de la Bolsa de Valores! ¿Usted aquí en tiempos de guerra?

HOMBRE 2

(Reconociendo al Hombre 1) ¡Señor Secretario de las Cotizaciones! ¿Qué hace usted aquí? ¿Acaso ignora que estamos en guerra?

HOMBRE 1

¡Qué va! Estoy aquí refugiándome... Me dirigía a la estación ferroviaria, cuando de nuevo estalló la metralla. Entonces corrí en busca de refugio y vine a este lugar. La puerta estaba abierta.

HOMBRE 2

¡Vaya! Yo me dirigía al muelle, cuando estalló el fuego otra vez. Empecé la huída y al pasar por este sitio, ví que la puerta estaba abierta y entré a refugiarme. La ciudad está convertida en un polvorín.

HOMBRE 1

Así es. Por las calles no se ve otra cosa más que guardias corriendo por todas direcciones.

HOMBRE 2

. . . Y metralla, explosivos y cadáveres pudriéndose sobre las aceras.

HOMBRE 1

¡Y casas destruídas. . .! *(Pausa)*. Parece que los milicianos van atacando por colonias. Poco a poco pretenden acabar con la ciudad. Al menos estos rumbos no han sido dañados. *(Pausa)* ¿Se ha dado cuenta? Ya no se escucha ningún ruido afuera.

HOMBRE 2

Cierto. Aprovechemos para huír.

(Salen de su refugio. Hombre 1 trae una caja fuerte en las manos y la esconde por la espalda. Lo mismo hace el Hombre 2 con su bolsa de lona).

HOMBRE 1

(Corre hacia la ventana y se asoma). No habrá fuego pero, ¿qué tal de guardias, eh? Allá veo a varios que atraviezan el parque y entran al templo que está cerca. . . Lo peor de todo es que nuestros guardias se confundan con los milicianos. Ambos bandos traen el mismo uniforme y disparan con las mismas armas, produciéndose una terrible confusión. *(Regresa al centro de la habitación)*. Indudablemente, estamos copados. Corremos peligro por los dos lados y no podemos huir tan fácilmente como usted sugiere. Pensar que anteayer, todo era calma. Yo, trabajaba en mi despacho sin ningún sobresalto. Cumpliendo con mi trabajo o estando al tanto de los cortes de caja o dejándome llevar a un mundo infinito de felicidad, al percibir el perfumado olor de los billetes recién impresos. De pronto, la guerra.

HOMBRE 2

Sí. Y la culpa de todo la tienen esos grupos vandálicos que obsesionados en cambiar el orden de las cosas, hacen víctimas a pobres inocentes como nosotros. Le aseguro que yo, no tenía más preocupación que cumplir con mi trabajo. Mis mejores horas las aprovechaba en supervisar las monedas de nuevo cuño o embelesarme ante una pila de billetes de diferentes cifras.

HOMBRE 1

¡Qué dolor! A nadie importunamos con nuestro trabajo, a ninguno molestamos y en un santiamén, sufrimos las consecuencias de esta guerra.

HOMBRE 2

¿Quién inventaría las guerras? El mundo es feliz cuando no existen conflictos. ¿No le parece?

Cuando sin sobresaltos cada uno desempeña su trabajo y se está satisfecho de ello. *(Pausa)*. No creo que ninguno de nosotros envidie el sudor del campesino que trabaja bajo los rayos del majestuoso astro rey, quien desde arriba, le prodiga sus refulgentes rayos. Nadie podría envidiar a los obreros que trabajan frente a una máquina, sus horas completas. No importa que vayan encorvándose con el paso del tiempo por cumplir con su deber. . . ¡Figúrese! Adquieren una corva en la espalda semejante a un montoncito de oro puro. *(Pausa)*. Y en medio de esta tranquilidad, nos vemos atrapados en medio de tensiones bélicas.

HOMBRE 1

En efecto. De continuar las cosas así, ¿a dónde iremos a parar? Yo le confieso que amo la vida. Y sé que usted también desea vivir. Es nuestra gran ilusión. Vivir y trabajar. Pero esos bandidos no lo comprenden así. Son peor que la rapiña disputándose un cadáver descompuesto. Ni las propias hienas, creo yo, se ensañan tanto con sus víctimas. ¡La ciudad en manos de ignorantes! ¿Y a qué conduce la ignorancia? Al robo, al vandalismo, al asesinato. Tal y como lo están llevando estos infames, si es que algún nombre tienen. Asaltar empresas, apropiarse de las industrias, destruir instituciones, asesinar gente útil al progreso del país. ¡Es el colmo! Y todo, ¿para qué? si no saben cómo manejarlas. Figúrese usted, el otro día, me enteré que las balas que usan los militantes, las fabrican con monedas de plata. ¡La plata que nosotros conocemos! ¿Es justo eso? Quizá nos toque morir, pero que nos dejen morir trabajando, ¿no cree?

HOMBRE 2

Estoy de acuerdo con usted, señor. . . *(Se escucha el motor de un avión)*.

¡Escondámonos pronto, son los guardias!
(Se meten debajo de la cama. El avión pasa. Silencio.)

HOMBRE 2

(Saliendo). Se fueron. ¡Qué alivio! Menos mal que no hicieron fuego.

HOMBRE 1

¡Ya no soporto más! Aquí no hay seguridad para nada. Aunque existan guardias por doquier, tenemos que huir.

HOMBRE 2

Sí, pero ¿hacia dónde?

(Ambos descubren y observan lo que cada uno trae.)

HOMBRE 2

¿Y esa caja? ¿Qué cosa lleva ahí?

HOMBRE 1

¿Y su bolsa? ¿Contiene algo?

(Cubren con el cuerpo lo que cada uno trae.)

HOMBRE 2

(Desea ver el contenido de la caja fuerte. Hombre 1 la esconde desconfiado) ¿No se le ocurre nada para huir?

HOMBRE 1

(Desea ver el contenido de la bolsa de lona. Hombre 2 la esconde desconfiado.) A mí no. ¿Y a usted?

HOMBRE 2

¡Qué pregunta! Entonces ya no estaría aquí.

HOMBRE 1

Cierto. Ya no estaríamos aquí. *(Pausa). (Entre dientes).* No me ha contestado la pregunta que le hice.

HOMBRE 2

¿Qué pregunta?

HOMBRE 1

Lo de la caja. ¿Qué lleva dentro?

HOMBRE 2

Contésteme usted primero. *(Entre dientes).* Recuerde quién hizo la pregunta. *(Pausa).* De mi parte, lo que traigo en la bolsa no tiene la mínima importancia. *(Intenta ver el contenido de la caja fuerte).*

HOMBRE 1

Bueno, tampoco tiene importancia lo que traigo en la caja. *(Intenta ver el contenido de la bolsa de lona.)*

(Giran de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, pretendiendo descubrir lo que cada uno trae y lo único que consiguen es darse un tope de cabeza. Ambos quedan aturcidos momentáneamente por el golpe. Se recobran de igual manera, protegiendo con recelo sus pertenencias.)

HOMBRE 2

(Asomándose a la ventana.) Si al menos los guardias dejaran de vigilar por un momento, tendríamos tiempo de huir.

HOMBRE 1

Eso mismo quisiera. De otra manera, tendré que cancelar mi viaje en ferrocarril, si es que aún tengo lugar.

HOMBRE 2

Mi boleto del vapor, lo traigo en la cartera. . . y con un seguro de vida. *(Pausa).* ¿No trae más equipaje?

HOMBRE 1

Nada. En estos momentos me preocupa mi vida y. . .

HOMBRE 2

A mí también y. . .

HOMBRE 1

(Irónico). Bueno, en esa bolsa traerá algunos viáticos.

HOMBRE 2

(Irónico). ¿Y usted? Quizá dentro de su caja, conserve el álbum familiar.

HOMBRE 1

¿No será mejor salir ahora?

HOMBRE 2

¡Qué ocurrencia! ¿Quiere morir tan pronto? Esperemos otro rato. Tal vez los milicianos se cansen y todo vuelva a la normalidad.

HOMBRE 1

¿Normalidad? Qué palabra tan poética. ¿Sabe usted que en estos días de levantamiento, no he comido bien?

HOMBRE 2

Ni yo. Y extraño a mi secretaria, a sus amigas. . .

HOMBRE 1

Sólo Dios podría terminar con esta guerra ¿Qué tal si se lo pedimos con devoción?

HOMBRE 2

Es cierto. Hinquémonos y alcemos nuestra alma al Señor. . .

(Hombre 1 y Hombre 2 se hincan, metiendo entre las rodillas lo que cada uno trae.)

HOMBRE 1

(Invocando). Señor, escucha las palabras de este pecador, quien te pide que tu mano sea poderosa y des término al fuego que ha destruído nuestra tranquilidad y nos permitas seguir trabajando para el desarrollo del país. Podría ofrecerte mi vida a cambio de la paz, pero, ¿de qué te sirve? Soy un pecador y como tal, me acerco a tí con mis palabras humildemente, para que tu disposición divina sea cumplida. Hágase tu voluntad. *(Reza en silencio.)*

HOMBRE 2

(Invocando.) Serenísimo creador del cielo y de la tierra. Tú que eres dueño de todo lo que tiene vida, te pido que pongas fin a esta masacre, de la cual soy víctima. Yo trabajo y procuro el bienestar de mi patria y aunque soy un pecador, a tus manos encomiendo mi vida. . . Tu mandato será mi destino. Hágase tu voluntad. *(Reza en silencio.)*

(Se levantan olvidándose un momento de sus pertenencias y ambos se dan un abrazo al tiempo que exclaman: "La paz esté con nosotros". De pronto, se acuerdan de lo que cada uno trae y lo recogen rápidamente.)

HOMBRE 1

Esperemos que todo se resuelva para bien. ¿No me va a enseñar lo que lleva en la bolsa?

HOMBRE 2

Pongámonos de acuerdo. Yo le enseño lo que traigo en la caja y usted me enseña lo que trae en la bolsa y se acabó. ¿Le parece?

HOMBRE 1

¡Magnífico!

(Ambos dan unos pasos, pero ninguno hace el intento de mostrar nada.)

HOMBRE 2

Espere. Vaya a la ventana y cerciórese que no haya nadie por ahí cerca. Yo vigilaré la puerta. Vamos.

HOMBRE 1

Sí.

(Los dos hombres con bastante sigilo inspeccionan el lugar. Vuelven al centro.)

HOMBRE 2

¿No hay nadie?

HOMBRE 1

Nadie.

HOMBRE 2

Magnífico.

(Ninguno hace el intento de mostrar nada.)

HOMBRE 2

¿Y si lo hubiesen matado en la calle? Su caja estaría en manos de quién sabe qué desconocido. Porque eso sí, en estos tiempos, a nadie le cae mal una vianda. . . Porque, insisto, son viáticos los que guarda. . . Es lo más lógico. Cuando se huye de una guerra no se lleva más que lo indispensable. Sean viáticos, algo de ropa. . .

HOMBRE 1

¿Qué pena si su bolsa cayera en manos extrañas! Sus recuerdos familiares se perderían para siempre. . .

HOMBRE 2

¿Se ha dado cuenta? Parece que el bombardeo ha cesado.

HOMBRE 1

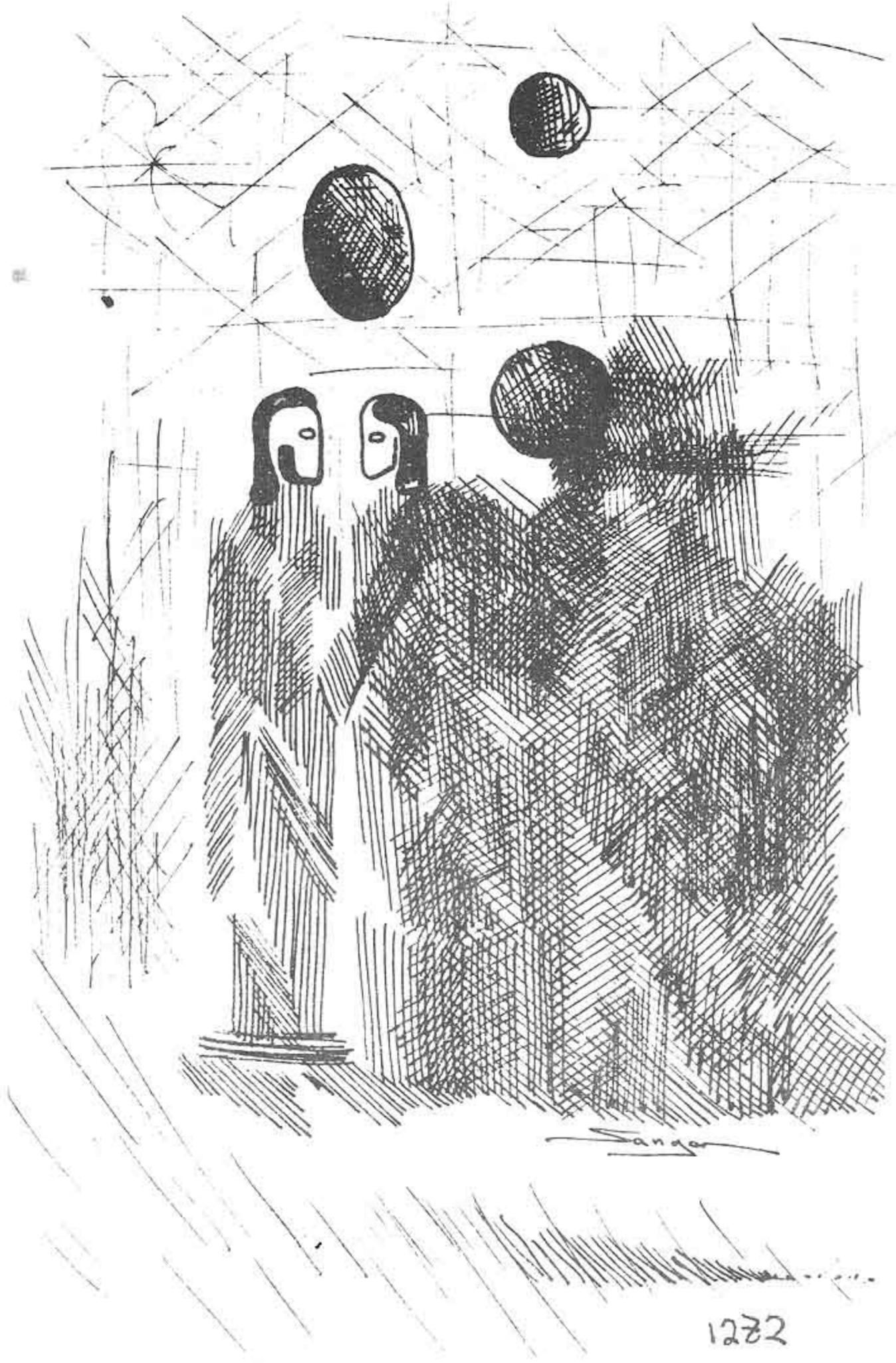
Así es. Qué diferencia el de este momento al de los tres días que llevamos de guerra. Ese día despertó todo mundo en pijama, sin saber qué rayos pasaba. . . Ahora, el bombardeo ya no se escucha. Por cierto, ¿Qué habrá sido de mis hijos y de mi esposa? Se quedaron llorando mientras yo me ponía a salvo con esta. . .

HOMBRE 2

¡Oh, Jesús! Me había olvidado por completo de los míos. Recuerdo que lloraban mientras yo me perdía por una calle llevando esta. . .

HOMBRE 1

¿Estarán vivos?



HOMBRE 2

Aprovechemos el momento y pongámonos a salvo.

HOMBRE 1

¿Y de qué manera?

HOMBRE 2

(Se acerca a la puerta.) No hay nadie en la calle. Ningún guardia. Húyamos.

HOMBRE 1

(Reteniendo al Hombre 2.) Pero antes, muéstreme lo que lleva en la caja.

HOMBRE 2

¿Usted ha querido decirme que lleva en la bolsa?

HOMBRE 1

Bah, son cosas sin importancia.

HOMBRE 2

Pues antes de despedirnos, estoy dispuesto a enseñarle lo que traigo en la bolsa.

HOMBRE 1

¿De veras? Entonces yo también le mostraré lo que traigo en la caja.

(Se va la luz de improviso y quedan en penumbras.)

HOMBRE 2

Ah, se fué la luz.

HOMBRE 1

Eso indica que la guerra empieza de nuevo ¿No es así?

HOMBRE 2

No importa. El caso es que debemos mostrarnos lo que cada uno trae y escapar rápidamente.

HOMBRE 1

Bien. . . cerciéremos que no haya nadie cerca. Vaya a la ventana y yo vigile la puerta.

HOMBRE 2

Sí.

(Los dos hombres con bastante sigilo inspeccionan el lugar. Vuelven al centro.)

HOMBRE 1

¿No hay nadie?

HOMBRE 2

Nadie.

HOMBRE 1

Ahora sí, déjeme ver. . .

HOMBRE 2

A mí también. . .

HOMBRES 1 y 2

(Exclaman al mismo tiempo cuando descubren el contenido de lo que cada uno trae.) ¡Cheques y dinero!

HOMBRE 1

(Protegiendo su caja fuerte.) Sí. Es toda la fortuna del banco en donde presto mis servicios. ¿Se imagina si el dinero se pierde? *(Angustiado)*. También perdería mi empleo. Fue todo lo que pude traer conmigo desde que empezó la guerra. Aunque me es ajeno lo cuido como si fuese mío, porque representa mi trabajo. . . el esfuerzo de muchos años encerrado en una oficina. . . y sería injusto perderlo así nada más. De ahí que es preciso salir de este infierno cuanto antes. . . porque si reinciden los bandidos. . .

HOMBRE 2

¿Y yo? Todo el capital de la empresa que represento, está en mis manos. Y más en peligro que a salvo. La suerte es ingrata con nosotros que somos gente honrada y que nos sacrificamos por los intereses de nuestros respectivos patronos. . . *(Ambos lloran y se consuelan. Se escucha el motor de un avión.)*

HOMBRES 1 y 2

¡Los guardias!

(Se tiran al suelo cubriendo con el cuerpo lo que cada uno trae. El avión pasa.)

HOMBRE 1

¿Se fueron?

HOMBRE 2

Sí. . . No hicieron fuego.

HOMBRE 1

¡Maldita sea! La guerra es en serio y no respeta nada.

HOMBRE 2

Cierto. No hay ninguna consideración y menos una distinción de clases, siquiera. . .

HOMBRE 1

¿Por qué no huímos hacia el muelle?

HOMBRE 2

Mejor hagámoslo hacia la estación ferroviaria.

(Se incorporan cubriendo siempre lo que cada uno trae.)

HOMBRE 1

Pensemos en algo mejor. *(Los dos caminan por la habitación. Hombre 1*

por el lado izquierdo. Hombre 2 hacia el lado derecho. Se detienen quedando de espaldas uno del otro.)

HOMBRE 2

(Aparte.) Este imbécil es tan cobarde que cuando se viera en manos de los guardias, entregaría su dinero a última hora, con tal de salvar el pellejo. Tengo que apoderarme de su fortuna, cuanto antes. Seguramente al salir, lo matarán. Y toda su riqueza será mía. . . Trataré de persuadirlo.

HOMBRE 1

(Aparte.) Pobre imbécil. . . tiene tanto miedo a la muerte que podría entregar su dinero a los guardias, a cambio de su vida. . . Haré que me confíe su capital y cuando esté huyendo, caerá bajo las balas de los guardias indudablemente. . . Así podré lograr ganancia doble. . . Trataré de persuadirlo. . .

(Dos luces de linterna afocan desde afuera la ventana y la puerta.)

HOMBRES 1 y 2

(Al mismo tiempo.) ¡Alguien viene! ¡Estamos atrapados! *(Aparecen por la puerta el Banquero 1 y el Banquero 2. Pulcramente vestidos y con sus linternas encendidas. En la bolsa del saco, cada uno trae un periódico.)*

BANQUERO 1

¡Aquí están! ¡Por fin los encontramos!

BANQUERO 2

Tanto tiempo buscándolos. . . aún a costa de nuestras vidas.

(Se prende la luz del cuarto nuevamente.)

HOMBRES 1 y 2

¡La luz! ¡Llego la luz!

BANQUERO 2

(Al hombre 2). ¿En dónde está la bolsa?

HOMBRE 2

(Entregando la bolsa de lona al Banquero 2.) Aquí está señor. Puede revisarla si gusta.

BANQUERO 1

(Al Hombre 1). ¿Y la caja? Démela.

HOMBRE 1

(Entrega la caja fuerte al Banquero 1). Es suya señor. Está intacta.

BANQUERO 1

Tenemos un lugar secreto en donde esconder el dinero, sin peligro de nada. Tomaremos en cuenta el sacrificio heroico que han demostrado por esta acción. *(Al Banquero 2)* ¿Verdad que sí?

BANQUERO 2

Desde luego. *(Al Hombre 2.)* Sacaré de la bolsa un billete al azar. Será su premio, por el momento.

BANQUERO 1

(Al Hombre 1.) Póngase listo. En sus manos tendrá un billete también.

(Banquero 1 Banquero 2, cierran los ojos y sacan un billete respectivamente, dentro de lo que cada uno trae. Hombre 1 y Hombre 2 esperan ansiosos.)

BANQUERO 2

(Al Hombre 2.) Tuvo suerte. Es un billete grande. . . Uno, dos y tres ceros a la derecha.

BANQUERO 1

(Al Hombre 1.) También a usted le tocó un billete grande.

(Hombre 1 y Hombre 2 reciben sus billetes y quedan anonadados.)

BANQUERO 2

(Al Banquero 1.) Ahora, salgamos de aquí cuanto antes.

(Hombre 1 Hombre 2 reaccionan con alegría y se disponen a salir con los banqueros.)

BANQUERO 1

(Al Hombre 1 y Hombre 2.) Ustedes aguarden aquí otro tanto, mientras el señor y yo nos retiramos. Sería demasiado riesgoso que nos vieran a los cuatro caminar por la calle y podrían matarnos. Por la seguridad de ustedes, hagan el favor de permanecer unos instantes más bajo este acogedor refugio, mientras nos alejamos.

BANQUERO 2

En tanto, pueden leer el diario.

(Banquero 1 y Banquero 2 les dan sendos periódicos a Hombre 1 y Hombre 2. Salen. Los hombres se miran y hojean el periódico.)

HOMBRE 2

Mi jefe está suscrito a "El Sensacional" ¿Sabe?

HOMBRE 1

Mi jefe confía más en "El Ocasional". Informa todo lo relacionado con la Banca. *(Ambos leen algunos renglones.)*

HOMBRE 2

(Con interés.) Aquí dice que la guerra se suspenderá a partir de las 21:00 horas hasta las 22:00 horas y que en ese tiempo se podrá caminar por la calle sin ningún peligro.

HOMBRE 1

Este informa que por la calle podrá caminarsse tranquilamente entre las 21:00 horas a las 22:00 horas por suspensión de guerra. *(Mira su reloj).* Son las 21.53 minutos.

HOMBRES 1 y 2

(Celebran la noticia.) ¡Viva la paz! ¡Mucra la guerra! ¡La paz por fín!

(De fondo, empieza a escucharse el tic-tac de un reloj.)

HOMBRE 2

Aprovechemos estos minutos y huyamos cuanto antes. Hasta podríamos salir del país.

HOMBRE 1

Pero los guardias nos reconocerían. Ya nos han visto.

HOMBRE 2

Cierto. . . *(Pausa)*. Mire usted, como yo fui a la estación ferroviaria y usted al muelle, es evidente que los guardias nos reconocieran. Lo mejor es que me entregue su boleto del vapor y yo le doy el del tren. Así cada uno aborde el transporte como si nada y los guardias, ni por enterados se darían. ¿Qué le parece?

HOMBRE 1

¡Buena idea! *(Se intercambian los boletos.)* ¡Pongámonos en marcha, pero ya!

(Están por salir.)

HOMBRE 2

(Reteniendo a Hombre 1.) ¿Dónde podríamos vernos nuevamente? Me gustaría invitarle un café.

HOMBRE 1

Claro. Nuestra amistad no debe quedar truncada a partir de ahora. . . *(Pausa.)* Después de llegar a nuestro destino y con el dinero que nos obsequiaron nuestros jefes, podríamos tomar un avión que nos condujera a la Isla Sureste. Allí, en el aeropuerto, nos encontraríamos de nuevo y podríamos charlar. ¿De acuerdo? Y esto deberá ser mañana mismo. Así tendré la oportunidad de subirme a un avión por primera vez en mi vida. Me muero por la gana de viajar por los aires.

HOMBRE 2

Igual yo. Nunca he viajado sobre las nubes. . . Entonces, ¡Buena suerte!

HOMBRE 1

Adiós y buen viaje.

(Se despiden abrazándose. El reloj aumenta su volumen y se detiene. De pronto se escucha el motor de un avión.)

HOMBRE 2

¡Los guardias!

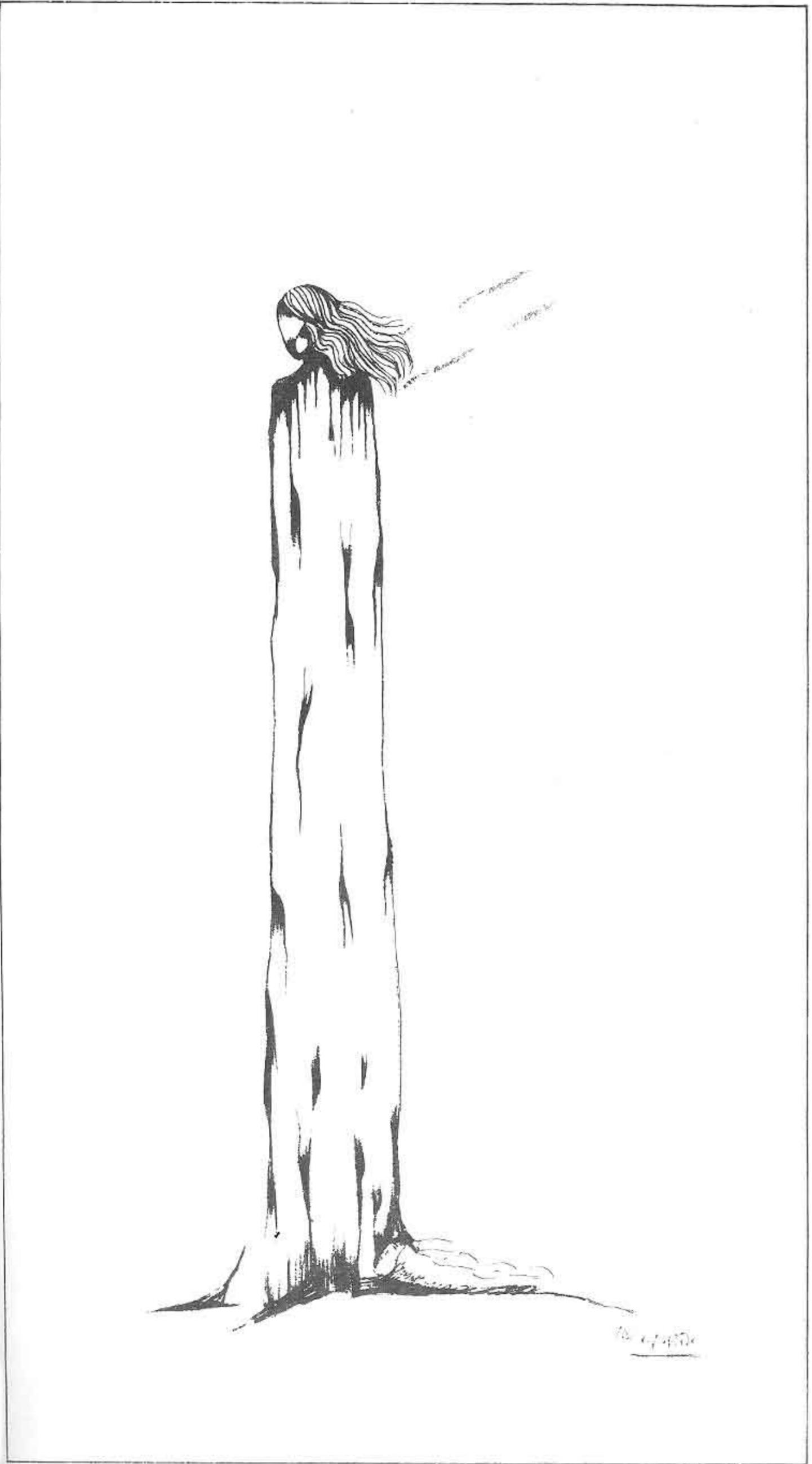
HOMBRE 1

¡La guerra empezó de nuevo!

(Inmediatamente se oye el silbido de una bomba y una desastrosa explosión dentro de la habitación, haciendo volar al Hombre 1 y Hombre 2, en irreconocibles pedacitos. . .)

T E L O N

CD. NETZAHUALCOYOTL 78



En la Imprenta Impresores Unidos,
se terminó la impresión de Punto de Partida No. 70
en Agosto / 1981
La tipografía se hizo con Baskerville 11/13.
Se tiraron 2,000 ejemplares